

William Dalrymple

LA ANARQUÍA

LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS ORIENTALES Y EL EXPOLIO DE LA INDIA





«Un historiador excepcionalmente dotado».
Max Hastings, *Sunday Times*

«El sugestivo arte del don narrativo de Dalrymple atrae al lector a acontecimientos que son casi insoportables, pero su relato es tan perceptivo y tan cálidamente humano que uno nunca se siente tentado a abandonarlo».
Diana Athill, *Guardian*

«Un maestro narrador que infunde esa pasión, viveza y ánimo en los personajes históricos».
Barnaby Rogerson, *Independent*

«El magnífico relato de William Dalrymple en torno a la Compañía de las Indias Orientales es un estudio de caso acerca de lo que puede salir mal, muy, muy mal, cuando las empresas y los líderes carecen de sentido de la decencia».
Ian Morris, *The New York Times*

«Excepcional, una historia vívida y rica [...] quizá la mayor virtud de este desazonador pero entretenido libro no son tanto las preguntas que responde sino las que genera acerca de cómo encajan las corporaciones en el globo, tanto antes como ahora [...] Un libro que debería leer todo el mundo».
The New York Times Book Review

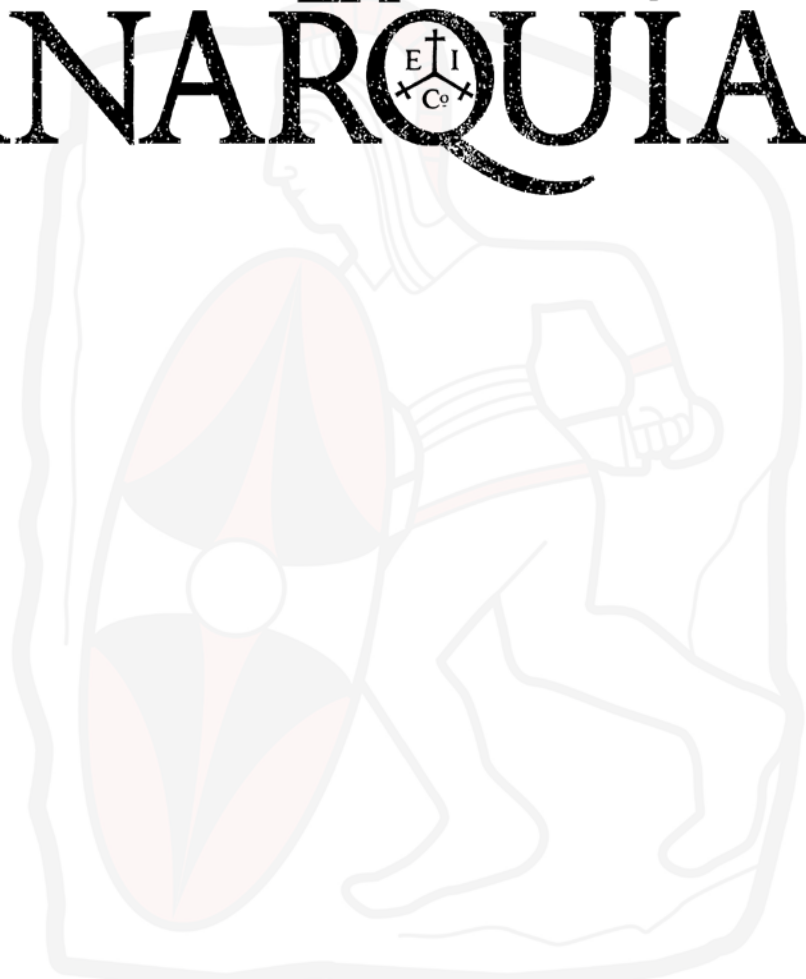
«Dalrymple es un excelente historiador con una comprensión visceral de la India. Un libro de gran belleza».
Gerard DeGroot, *The Times*

«Un escritor que posee el don de hacer que los temas históricos más recónditos cobren vida y que cada libro sucesivo se convierta en un compañero cada vez más entretenido y esclarecedor».
Alexander McCall Smith, *New Statesman*

«Ciertamente, toda una rareza: un estudioso de la historia que puede escribir de verdad».
Salman Rushdie

LA ANARQUÍA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

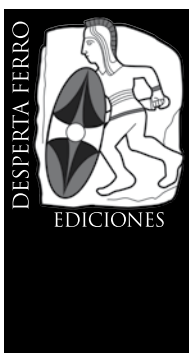
William Dalrymple

LA ANARQUÍA

LA COMPAÑÍA DE LAS
INDIAS ORIENTALES Y
EL EXPOLIO DE LA INDIA

DESPERTA FERRO

EDICIONES



La anarquía
Dalrymple, William
La anarquía / Dalrymple, William [traducción de Javier Romero].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021 – 512 p. ; lám. 48 p. ; 23,5 cm – (Historia Moderna) – 1.ª ed.
D.L.: M-9878-2021
ISBN: 978-84-122212-7-5
94(540)“18”
325.53 323.269.6

LA ANARQUÍA

La Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India

William Dalrymple

Título original:

The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company

This translation of The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company

is published by Desperta Ferro Ediciones by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

Esta traducción de *The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company*

la publica Desperta Ferro Ediciones según el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© William Dalrymple 2019

ISBN: 978-1-4088-6437-1

© de los mapas e ilustraciones: Olivia Fraser, 2019

© de las imágenes en color: Dominio público

© de esta edición:

La anarquía

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-122212-7-5

D.L.: M-9878-2021

Traducción: Javier Romero

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: junio 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2021 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

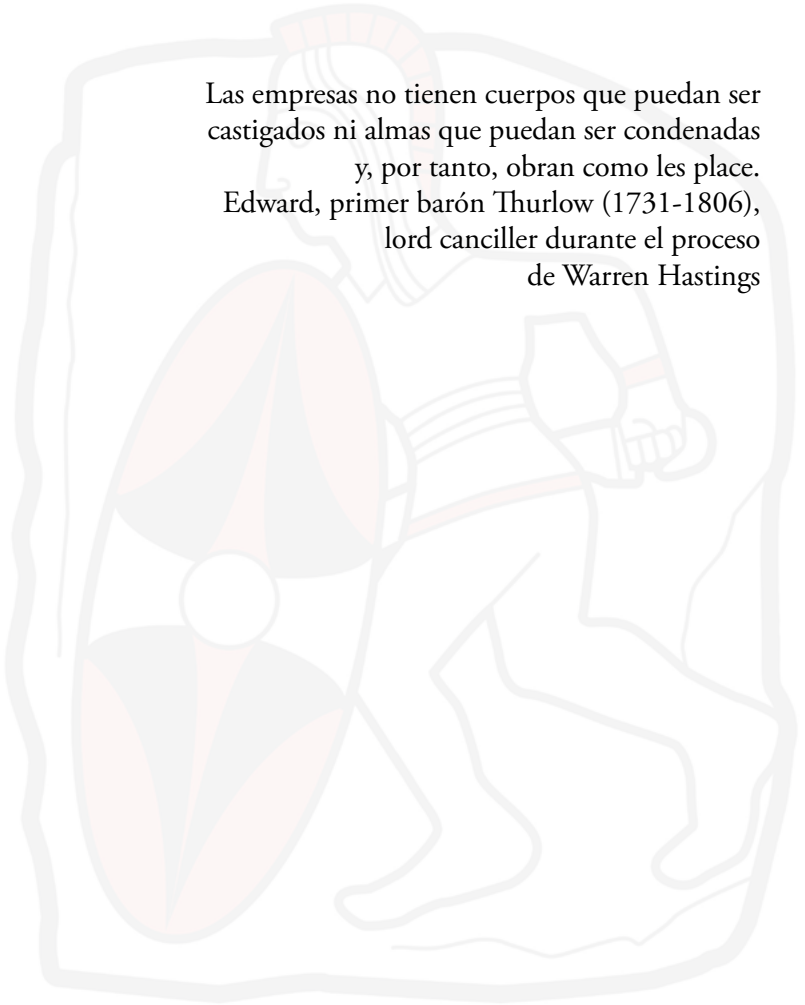
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Una compañía comercial tiene esclavizada a una
nación de doscientos millones de personas.

León Tolstói, *Carta a un hindú*,
14 de diciembre de 1908

Las empresas no tienen cuerpos que puedan ser
castigados ni almas que puedan ser condenadas
y, por tanto, obran como les place.
Edward, primer barón Thurlow (1731-1806),
lord canciller durante el proceso
de Warren Hastings

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Índice

Mapas	X
<i>Dramatis personae</i>	XIII
Introducción	XXIII
1 1599	1
2 Una oferta que no podrá rechazar	65
3 Barrer con la escoba del saqueo	109
4 Un príncipe de escasa capacidad	151
5 Sangre y confusión	189
6 Asolados por la hambruna	233
7 La desolación de Delhi	283
8 El proceso de Warren Hastings	335
9 El cadáver de la India	365
Epílogo	427
Glosario	433
Bibliografía	441
Índice analítico	465



INTRODUCCIÓN

Una de las primeras palabras indias que pasó a formar parte de la lengua inglesa fue el término coloquial indostaní para botín: *loot*. Según el *Oxford English Dictionary*, hasta finales del siglo XVIII este vocablo rara vez se utilizaba más allá de las llanuras del norte de la India. Pero, en ese momento, de repente, se convirtió en un término de uso común por toda Gran Bretaña. Para comprender cómo y por qué esta palabra se estableció y floreció en tierras tan distantes, basta con hacer una visita al castillo de Powis, en las Marcas Galesas.

En el siglo XIII, el último candidato al trono galés, Owain Gruffydd ap Gwenwynwyn, de memorable nombre, edificó el castillo de Powis sobre un peñasco fortificado. Esta posesión era su recompensa por ceder Gales al dominio de la monarquía inglesa. Pero su tesoro más espectacular data de un periodo de conquista inglesa muy posterior.

Powis está, simple y llanamente, abarrotado de botín de la India: habitaciones y habitaciones de pillaje imperial sustraído durante el siglo XVIII por la Compañía de las Indias Orientales inglesa (CIO). En esa residencia privada de la campiña galesa hay más piezas mogolas que en ningún otro lugar de la India, incluido el Museo Nacional de Delhi. Entre sus muchos tesoros hay narguilés de oro bruñido con incrustaciones de ébano púrpura; espinelas de Badajés soberbiamente grabadas y

dagas cubiertas de pedrería; rubíes centelleantes del color de la sangre de los pichones y multitud de esmeraldas verde lagarto. Hay cabezas de tigres festoneadas de zafiros y topacios dorados; ornamentos de jade y marfil; colgantes de seda bordados con amapolas y lotos; estatuas de dioses hindúes y armaduras elefantinas. Ocupan un lugar de honor dos grandes trofeos de guerra capturados tras la derrota y muerte de sus propietarios: el palanquín que Siraj ud-Daula, nabab de Bengala, abandonó en su huida del campo de batalla de Plassey y la tienda de campaña del sultán Tipu, el Tigre de Mysore.

Tal es el esplendor de estas riquezas que, en mi visita del verano pasado, estuve a punto de perderme el enorme lienzo enmarcado que explica cómo había llegado hasta allí todo aquel botín. El cuadro pende en la penumbra, sobre el dintel de una cámara de madera situada al final de una oscura escalera de roble. No es una obra maestra, pero vale la pena estudiarla con detalle. Muestra a un afectado príncipe indio, vestido con tejido de oro, sentado en su trono elevado bajo un palio de seda. A su izquierda, permanecen en pie oficiales de su ejército, armados con cimitarras y lanzas, y a su derecha se ve un grupo de caballeros de época georgiana con sus pelucas empolvadas. El príncipe entrega de buen grado un pergamino en manos de un inglés, algo obeso y vestido con una casaca roja.

El cuadro representa una escena que tuvo lugar en agosto de 1765, cuando el joven emperador mogol, Shah Alam, exiliado de Delhi y derrotado por las tropas de la Compañía de las Indias Orientales, se vio obligado a lo que hoy denominaríamos un acto de privatización forzosa. El pergamino es una orden que destituye a los recaudadores de impuestos mogoles de Bengala, Bihar y Orissa y los reemplaza por un grupo de mercaderes ingleses nombrados por Robert Clive —el nuevo gobernador de Bengala— y por los directores de la Compañía, a los que el documento describe en los siguientes términos: «Los altos y poderosos, los más nobles entre los nobles, los caudillos de ilustres guerreros, nuestros fieles servidores y sinceros bienquerientes, dignos de nuestro favor real, la Compañía Inglesa». A partir de ese momento, la recaudación de impuestos mogoles fue subcontratada a una poderosa empresa multinacional, cuyas operaciones recaudatorias estaban protegidas por su propio ejército privado.

La licencia fundacional de la Compañía le autorizaba a «hacer la guerra». De hecho, ya desde su viaje inaugural, en 1602, la Compañía había empleado la violencia para lograr sus fines; durante este viaje, abordó y capturó una nave portuguesa y ya desde la década de 1630

controlaba pequeñas áreas en torno a sus establecimientos indios.¹ Pero el año 1765 fue el momento en el que la Compañía de las Indias Orientales dejó de ser algo remotamente parecido a una empresa comercial convencional, que mercadeaba con sedas y especias, y se convirtió en algo mucho más inusual. En pocos meses, 250 funcionarios de la Compañía, respaldados por una fuerza militar compuesta por 20 000 soldados indios reclutados en el país, se convirtieron en los gobernantes *de facto* de las más ricas provincias mogolas. Una corporación internacional se estaba transformando en una hostil potencia colonial.

Hacia 1803, momento en que su ejército privado había crecido hasta sumar casi 200 000 hombres, la Compañía había sometido u ocupado de forma directa todo el subcontinente. Lo increíble es que esto le llevó menos de medio siglo. Las primeras conquistas territoriales de importancia tuvieron lugar en Bengala en 1756; 47 años más tarde, los dominios de la Compañía se extendían en dirección norte hasta la capital mogola de Delhi. Casi toda la India al sur de dicha ciudad se gobernaba *de facto* desde una sala de conferencias de la ciudad de Londres. «¿Dónde queda nuestro honor, cuando tenemos que recibir órdenes de un puñado de mercaderes que no saben ni limpiarse el trasero?», se preguntaba un dignatario mogol.²

Aún hoy hablamos de la conquista británica de la India, pero esta frase oculta una realidad más siniestra. No fue el Gobierno británico el que comenzó a ocupar grandes extensiones de territorio indio a mediados del siglo XVIII, sino una peligrosa empresa privada sin ningún control con sede en una pequeña oficina de no más de cinco ventanas de ancho de la ciudad de Londres y dirigida por un violento depredador empresarial, completamente despiadado y con brotes intermitentes de inestabilidad mental: Robert Clive. La transición de la India hacia el colonialismo tuvo lugar bajo la dirección de una corporación con fines de lucro, cuyo único propósito era enriquecer a sus inversores.

En el momento álgido de la era victoriana, a mediados del siglo XIX, los métodos brutales, mercantiles y turbios con los que habían fundado el Raj provocaban a los británicos una gran incomodidad. Los victorianos consideraban que la política del Estado nación era el elemento constituyente de la verdadera historia. Esta, y no las operaciones económicas de corporaciones corruptas, debía ser la unidad fundamental de estudio y el verdadero impulso para la transformación de los asuntos humanos. Es más, los británicos gustaban considerar el imperio una *mission civilisatrice*; una benigna transferencia nacional hacia oriente del conocimiento, del ferrocarril y de las artes de la civilización occidentales.

Hubo una amnesia deliberada y calculada del pillaje empresarial que dio inicio al dominio británico en la India.

Existe una segunda pintura, un encargo de William Rothenstein para las paredes de la Cámara de los Comunes, que demuestra el éxito de los victorianos en su intento de modificar y revertir la memoria oficial de este proceso. El cuadro puede verse hoy en la sala de San Esteban, el resonante vestíbulo de recepción del Parlamento de Westminster. La pintura forma parte de una serie de murales titulada *La construcción de Gran Bretaña*. Estos representan los momentos más destacados de la historia británica según el criterio del comité encargado de seleccionar las obras: la derrota de los daneses a manos del rey Alfredo en 877, la unión parlamentaria de Inglaterra y Escocia en 1707 y así sucesivamente.

El fresco de la serie que trata de la India muestra a un príncipe mogol sentado en un estrado elevado bajo palio. También estamos ante una escena cortesana, con criados diligentes a ambos lados y toques de trompetas. También aquí vemos a un inglés ante el mogol, pero esta vez el equilibrio de poder es muy diferente.

El personaje representado es *sir* Thomas Roe, el embajador enviado por Jacobo I a la corte del mogol. Se le ve frente al emperador Jahangir en 1614, en un momento en que el Imperio mogol aún vivía su momento álgido de riqueza y poderío. Jahangir heredó de su padre, Akbar, una de las entidades más ricas del mundo, tan solo comparable a la China Ming. Sus tierras se extendían por la mayor parte de India, lo que hoy es Pakistán y Bangladés, y la mayor parte de Afganistán. Gobernaba sobre cinco veces más población que los otomanos –100 millones de personas, aproximadamente– y sus súbditos producían alrededor de una cuarta parte de todas las manufacturas del globo.

El padre de Jahangir, Akbar, había flirteado con un proyecto para civilizar a los inmigrantes europeos llegados a la India, a los que describía como «un hatajo de salvajes», pero descartó su plan por irrealizable. Jahangir, que sentía atracción por lo exótico y por las bestias salvajes, dio la bienvenida a *sir* Thomas Roe con el mismo entusiasmo que había mostrado ante el primer pavo que llegó a la India y le hizo numerosas preguntas acerca de las peculiaridades de Europa. Aunque, para el comité que planificó las pinturas de la Cámara de los Comunes, este encuentro significó el inicio de la intervención británica en la India: dos Estados nación que entraban en contacto directo por primera vez. Pero, como demostraremos en el primer capítulo del presente libro, las relaciones británicas con la India no comenzaron con diplomacia y encuentros en-

tre enviados reales, sino con una misión comercial encabezada por el capitán William Hawkins, un lobo de mar de la Compañía que bebía como una esponja. A su llegada a Agra, aceptó la esposa que le ofreció el emperador y, sin pensárselo mucho, se la llevó con él de vuelta a Inglaterra. Esta fue la versión de la historia que el comité de pinturas de la Cámara de los Comunes optó por olvidar.

La Compañía de las Indias Orientales era, en muchos aspectos, un modelo de eficiencia comercial. Después de cien años de historia, tan solo tenía 35 empleados fijos en su oficina central. Aun así, este reducido personal ejecutó un golpe corporativo sin parangón en la historia: la conquista militar, sometimiento y saqueo de vastas extensiones de Asia meridional. Es, con casi total certeza, el acto de violencia empresarial más importante de la historia del mundo.

Los historiadores proponen numerosas razones para el asombroso éxito de la Compañía, que incluyen la fragmentación de la India mogol en Estados diminutos y enfrentados; la ventaja bélica que los adelantos militares de Federico el Grande proporcionaron a las empresas europeas; y, en particular, las innovaciones europeas en gobernanza, política impositiva y bancaria que permitió a la Compañía reunir enormes sumas de dinero en muy poco tiempo. Pues, tras los uniformes escarlata y las mansiones paladinas, las partidas de caza del tigre y las polkas en la residencia del gobernador siempre estuvieron los libros de cuentas de los contables de la Compañía, que registraban ganancias y pérdidas y el valor fluctuante de esta en el mercado bursátil de Londres.

Pero el factor crucial fue, probablemente, el apoyo que el Parlamento británico proporcionó a la Compañía de las Indias Orientales. La relación entre ambos se fue haciendo simbiótica en el transcurso del siglo XVIII, hasta dar lugar a lo que hoy podríamos denominar un consorcio público-privado. Magnates procedentes de India como Clive emplearon su riqueza para comprar tanto escaños como miembros del Parlamento: los famosos *burgos podridos*. A su vez, el Parlamento respaldó a la Compañía con el poder del Estado, al proporcionarle los buques y soldados necesarios cuando las compañías de Indias de franceses e ingleses entraron en conflicto.

La Compañía siempre tuvo dos blancos en el punto de mira. Uno era las tierras donde llevaba a cabo sus operaciones, pero el otro era el país donde había nacido. En este, sus abogados, lobistas y socios parlamentarios fueron subvirtiendo, lenta y sutilmente, la legislación del Parlamento para que favoreciera a la Compañía. Es probable que la Compañía de las Indias Orientales inglesa inventase el *lobbying* corporativo.

En 1693, menos de un siglo después de su fundación, se reveló que la CIO empleaba sus acciones para comprar parlamentarios. Cada año pagaba 1200 libras a ministros y destacados diputados. La investigación parlamentaria correspondiente, que supuso el primer escándalo de *lobbying* corporativo del mundo, sentenció a la CIO por soborno y tráfico de influencias: el lord presidente del consejo fue sometido a un proceso [*impeachment*] y el gobernador de la Compañía encarcelado.

Aunque era el Estado británico el que le prestaba su capital comercial, la Compañía de las Indias Orientales, cuando convenía, hacía mucho énfasis en su separación legal del Gobierno y defendía, con éxito, la idea de que el documento firmado por Shah Alam en 1765 –el *Diwani*– era propiedad legal de la Compañía, no de la Corona, aun cuando el Gobierno había gastado una suma enorme en operaciones navales y terrestres para proteger las posesiones indias de la CIO. En realidad, los parlamentarios que votaron para mantener esta distinción no eran precisamente neutrales. Casi una cuarta parte de ellos poseía acciones de la Compañía, cuyo valor se habría desplomado en caso de que la Corona hubiera tomado posesión de aquella. Por este mismo motivo, la necesidad de proteger a la Compañía de competidores extranjeros constituyó una de las metas principales de la política exterior británica.

La transacción representada en esta pintura tuvo consecuencias catastróficas. Como ocurre con todas las corporaciones, tanto entonces como ahora, la CIO tan solo era responsable ante sus accionistas. El gobierno de la Compañía no tenía la menor responsabilidad en la justa gobernanza de la región, o en su bienestar a largo plazo, por lo que tal gobierno no tardó en convertirse en un puro y simple saqueo de Bengala, cuyas riquezas eran extraídas y enviadas a occidente.

En poco tiempo, la provincia, que ya había quedado devastada por la guerra, fue castigada por la hambruna de 1769 y arruinada por los elevados impuestos. Los recaudadores de tasas de la Compañía cometieron lo que en la época se denominó «sacudir el árbol pagoda» y que hoy calificaríamos de graves violaciones de los derechos humanos. La riqueza de Bengala fue absorbida con rapidez por Gran Bretaña y sus prósperos tejedores y artesanos fueron coaccionados por sus nuevos amos, que los trataban «como si fueran esclavos».

Buena parte del botín de Bengala fue directo al bolsillo de Clive. Este regresó a Gran Bretaña con una fortuna personal valorada en 234 000 libras, cifra que le convertía en el hombre de negocios más acaudalado de Europa. Tras la batalla de Plassey de 1757 –una victoria que no solo se debió a su eficiencia militar: también se ganó por medio

de traición, contratos fraudulentos, banqueros y sobornos— Clive transfirió al tesoro de la CIO no menos de 2,5 millones de libras* requisadas a los gobernantes de Bengala, una cifra sin precedentes en la época. No hizo falta mucha sofisticación. La Compañía se limitó a embarcar todo el tesoro de Bengala en un centenar de barcas que descendieron por el Ganges desde el palacio del nabab de Bengala, en Murshidabad, hasta el Fuerte Williams, cuartel general de la Compañía en Calcuta. Una parte de los beneficios fue empleada en la reconstrucción de Powis.

La pintura de Clive y Shah Alam del castillo de Powis es sutilmente engañosa: su autor, Benjamin West, nunca estuvo en la India. Ya en la época, un observador señaló que la mezquita del fondo tenía un sospechoso parecido «a nuestra venerable cúpula de San Pablo». En realidad, no hubo ninguna gran ceremonia pública. La entrega del documento tuvo lugar en privado, en el interior de la tienda de Clive, que había sido plantada en el patio de armas del recién conquistado fuerte de Allahabad. Con respecto al trono de seda de Shah Alam, en realidad era la silla de Clive, que, para la ocasión, había sido colocada sobre su mesa de comedor y cubierta con una colcha de cretona.

Tiempo después, los británicos dignificaron este documento al denominarlo Tratado de Allahabad. En realidad, Clive dictó el tratado y Shah Alam, aterrorizado, se limitó a aceptar sus condiciones. Como escribió un historiador mogol de la época, Ghulam Husein Khan, «un asunto de tamaña envergadura, que en cualquier otra época hubiera requerido el envío de sabios embajadores y hábiles negociadores, y mucha negociación y contención de los ministros, fue rematado en menos tiempo del que hubiera requerido la venta de un jumento, o una bestia de carga, o una cabeza de ganado».³

En cuestión de poco tiempo, la CIO abarcó todo el planeta. Ella sola casi logró revertir la balanza comercial, que, desde tiempos del Imperio romano, había consistido en un constante drenaje de metales occidentales hacia oriente. La CIO transportó opio a China y, en su momento, libró las Guerras del Opio para hacerse con una base litoral en Hong Kong y salvaguardar su provechoso monopolio de narcóticos.

Hacia el oeste, la Compañía transportaba té chino hacia Massachusetts. El té, que fue arrojado al puerto de Boston y que desencadenó la Guerra de Independencia estadounidense, pertenecía a la Compañía. Durante la época previa a dicha guerra, uno de los mayores temores de los patriotas americanos era que el Parlamento permitiera operar en las

* N. del A.: 262,5 millones de libras actuales.

Américas a la Compañía de las Indias Orientales para saquear aquellas tierras como había hecho en la India. En noviembre de 1773, el patriota John Dickinson calificó el té de la CIO de «maldita basura» y comparó un futuro bajo el régimen de la Compañía de las Indias Orientales a ser «devorados por las ratas». Esta empresa «casi en bancarota», escribió, y que se había dedicado a perpetrar «barbaridades, extorsiones y monopolios sin parangón» en Bengala, dirigía ahora «sus miras a América, un nuevo teatro en el que ejercer su talento para la rapiña, la opresión y la crueldad».⁴

En 1803, la CIO capturó la capital mogola de Delhi y, con ella, a su monarca ciego, Shah Alam, que residía en su palacio en ruinas. En ese momento, la Compañía había entrenado una fuerza privada de cerca de 200 000 hombres –dos veces el tamaño del Ejército británico– y disponía de más potencia de fuego que ninguna otra Estado nación de Asia. Un puñado de hombres de negocios de una isla distante situada en un confín de Europa gobernaba dominios que abarcaban toda la India septentrional, desde Delhi al oeste a Assam en el este. Casi toda la costa oriental estaba en manos de la Compañía, así como los puntos estratégicos de la costa oeste entre Guyarat y el cabo Comorín. En poco más de cuarenta años, se había enseñoreado de casi todo el subcontinente, cuya población sumaba entre 50 y 60 millones. Había sucedido a un imperio en el que los nababs y otros gobernantes menores reinaban sobre vastas regiones, de tamaño y población superior a los de los países más extensos de Europa.

La CIO, como admitió uno de sus directores, era «un imperio dentro de un imperio» con la potestad de hacer la guerra o la paz en cualquier confín de oriente. Había creado una administración y un funcionariado vasto y complejo, había edificado la mayor parte de los *docklands* [barrios portuarios] de Londres y generaba cerca de la mitad del comercio de Gran Bretaña. No es ninguna sorpresa que la CIO se refiriera a sí misma como «la más grande sociedad de mercaderes del universo». Pero, al igual que otras megacorporaciones más recientes, la CIO combinaba a un tiempo un inmenso poder y una extraña vulnerabilidad a la incertidumbre económica. Apenas siete años después de la concesión del *Diwani*, momento en que el precio de las acciones de la compañía se duplicó de la noche a la mañana tras hacerse con las riquezas del tesoro de Bengala, la burbuja de la Compañía de las Indias Orientales estalló debido a que el saqueo y la hambruna de Bengala habían hecho que las rentas agrarias fueran muy inferiores a las esperadas. La CIO quedó endeudada: debía 1,5 millones, además de 1 millón de libras en impues-

tos impagados a la Corona.* Cuando esto se hizo público, 30 bancos cayeron como fichas de dominó por toda Europa, lo que provocó la paralización del comercio.

En una escena que a muchos nos resulta horriblemente familiar, la corporación tuvo que cancelar su deuda y solicitar un rescate gigante al Gobierno. El 15 de julio de 1772, los directores de la Compañía de las Indias Orientales solicitaron al Banco de Inglaterra un préstamo de 400 000 libras. Dos semanas más tarde, volvieron por más y solicitaron un crédito adicional de 300 000 libras, pero el banco tan solo pudo reunir unas 200 000.** En agosto, los directores estaban sugiriendo al Gobierno que en realidad necesitaban la cifra sin precedentes de un millón de libras. El reporte oficial del año siguiente, redactado por Edmund Burke, preveía que los problemas financieros de la CIO podían, en potencia, «arrastrar al gobierno, como una rueda de molino, a un abismo insondable [...] esta condenada Compañía, como una víbora, causará la destrucción del país que la acogió en su seno».

Pero, en realidad, la Compañía de las Indias Orientales inglesa era demasiado grande para caer. Así, al año siguiente, en 1773, la primera corporación expansiva del planeta fue salvada por uno de los primeros megarrescates de la historia. Era el primer ejemplo de un Estado nación que obtenía, a cambio de salvar a una empresa en quiebra, el derecho a ejercer sobre esta un control estricto y una severa regulación.



La presente obra no aspira a presentar una historia completa de la Compañía de las Indias Orientales, y aún menos un análisis económico de sus operaciones comerciales. Lo que pretende es responder a la pregunta de cómo una única empresa, con sede en un edificio de oficinas de Londres, logró reemplazar al poderoso Imperio mogol y llegar, entre 1756 y 1803, a adueñarse del vasto subcontinente indio. Esta obra narra cómo la Compañía derrotó a sus principales rivales –los nabab de Bengala y de Avadh, el sultanato de Mysore del sultán Tipu y la gran

* N. del A.: 157,5 millones y 105 millones de libras actuales, respectivamente.

** N. del A.: 400 000 libras serían el equivalente a 42 millones actuales; 300 000 libras vendrían a ser 31,5 millones y 200 000 libras 21 millones actuales.

Confederación maratha— y tomó bajo su protección al emperador Shah Alam, un hombre cuyo destino fue ser testigo del asalto, que se prolongó por espacio de 50 años, de la Compañía contra India y su ascenso desde una humilde empresa mercantil a una potencia imperial de pleno derecho. En verdad, la vida de Shah Alam viene a ser el hilo conductor de nuestro relato.

Hoy, la visión comúnmente aceptada es que, en contra de lo que sostienen los escritos de generaciones anteriores de historiadores, el siglo XVIII no fue una «edad oscura» para la India. Todo lo contrario: el declive político del Imperio mogol dio lugar a un resurgir económico en otras partes del subcontinente. Numerosos estudios de reciente publicación han profundizado en esta teoría.⁵ No obstante, todos estos brillantes trabajos acerca del resurgir regional no pueden alterar la realidad de la Anarquía, que es indudable que causó el caos en el corazón de las tierras mogolas, en particular en torno a Delhi y Agra, durante la mayor parte del siglo XVIII. Como expresó el faquir Khair ud-Din Illahabadi, «el desorden y la corrupción dejaron de ocultarse, y las otrora pacíficas tierras de la India se convirtieron en la morada de la anarquía (*dâr al-amm-i Hindustân dâr al-fitan gasht*). Con el transcurrir del tiempo, la monarquía mogola perdió toda sustancia y se desvaneció hasta quedar reducida a un mero nombre, una sombra».⁶

Aunque, dado que la realidad de la Anarquía no solo fue observada por unos pocos y desconsolados nobles mogoles como Khair ud-Din y Ghulam Husein Khan, sino por todos y cada uno de los viajeros de la época, creo que el proceso revisionista ha ido un poco lejos. Desde Law y Modawe a Pollier y Franklin, casi todos los testigos oculares de la India de finales del siglo XVIII subrayan, una y otra vez, el caos interminable y los derramamientos constantes de sangre, así como la dificultad de viajar de forma segura por muchas regiones del país si no se disponía de una escolta fuertemente armada. De hecho, los primeros que difundieron el concepto de la Gran Anarquía fueron estos primeros testigos.

Las numerosas guerras de la Compañía, y su saqueo de Bengala, Bihar y Orissa, en particular entre las décadas de 1750 y 1770, supusieron una contribución inmensa a este caos y en regiones muy alejadas de Delhi. Esta es la razón por la que he titulado así el presente volumen. Es indudable que resulta difícil equilibrar la historia militar del periodo, compleja, caótica y muy violenta, con la consolidación a largo plazo de nuevas formaciones políticas, económicas y sociales como las que Richard Barnett y mi antiguo profesor de Cambridge, Chris Bayly, han contribuido tanto a esclarecer. Desconozco si alguien ha logrado encajar

entre ellos todos esos diferentes niveles de acción y análisis, pero el presente libro es un intento de cuadrar ese círculo.

La anarquía se basa, sobre todo, en los voluminosos archivos de la Compañía. Los documentos de su oficina central, así como los despachos de sus delegados en la India a los directores con sede en Leadenhall Street, se encuentran ahora en las cámaras de la Biblioteca Nacional británica de Londres. Los registros de la sede india de la Compañía procedentes de la casa del gobernador y del Fuerte William, Calcuta, a menudo más completos y reveladores, se encuentran hoy en los Archivos Nacionales de la India (ANI), en Nueva Delhi, y ahí fue donde concentré mis investigaciones.

Los registros dieciochescos de la ANI son, por otra parte, mucho más difíciles de estudiar que sus colecciones de documentos decimonónicos, mucho mejor catalogadas. Así, durante las primeras semanas tuve dificultades para localizar incluso los índices, problema que fue resuelto por los brillantes y siempre pacientes archiveros del ANI, Jaya Ravindran y Anumita Bannerjee, que se dedicaron a revisar depósitos y trasteros hasta que lograron encontrarlos. Obtuvimos premios notables: en cuestión de semanas, tenía en mis manos el reporte de información original de Port Lorient, que llevó a la Compañía a ordenar al gobernador Roger Drake que reconstruyera las murallas de Calcuta, el *casus belli* que irritó a Siraj ud-Daula, y el primer despacho remitido por Clive desde el campo de batalla de Plassey.

Junto con los documentos de la Compañía en lengua inglesa, también empleé las excelentes historias en persa escritas durante el siglo XVIII por eruditos historiadores, nobles, *munishis* y escribas mogoles. La mejor de dichas obras, el *Seir Mutaqherin o Reseña de los tiempos modernos*, del joven y brillante historiador Ghulam Husein Khan es, con diferencia, la fuente india más lúcida del periodo. Lleva disponible en inglés desde la década de 1790, pero existen otras muchas historias en lengua persa de la época, igualmente reveladoras, que todavía no han sido ni publicadas ni vertidas al inglés.

He podido utilizar mucho estas últimas gracias a la asistencia de mi colaborador desde hace mucho tiempo, Bruce Wannell, cuyas soberbias traducciones de fuentes menos conocidas como el *Ibrat Nama*, o libro de admoniciones, del faquir Khair ud-Din Illahabadi, o el *Tarikh-i Muzaffari* de Mohamed Ali Khan Ansari de Panipat, redactadas durante los meses que pasó en su tienda de campaña en mi granja de cabras de Mehrauli, han transformado mi proyecto. También ha contribuido su conocimiento sin par tanto de la India dieciochesca como del mundo

islámico en general. Estoy particularmente agradecido a Bruce por el tiempo que pasó en el Instituto de Investigación MAAPRI de Tonk, Rajasthan, donde tradujo una biografía inédita de Shah Alam, la *Sham Alam Nama* de Munshi Munna Lal, y por sus conversaciones en Pondicherry con Jean Deloche, que dio lugar a unas versiones exquisitas de ciertas fuentes francesas del siglo XVIII, sin traducir y apenas utilizadas, como por ejemplo las memorias de Gentil, Madec, Law y en particular los maravillosos *Voyages* del cosmopolita conde de Modave, amigo y vecino de Voltaire en Grenoble. La obra de Modave proporciona una visión sofisticada, cáustica y lúcida del escenario del siglo XVIII, desde los amplios bulevares de la Calcuta de la Compañía a las ruinas de Delhi, la capital en declive de Shah Alam.



En el transcurso de más de seis años de trabajo acerca de la Compañía, he acumulado numerosas deudas de gratitud. En primer lugar, debo agradecer a Lily Tekseng por los meses de trabajo que dedicó a transcribir los manuscritos que iba desenterrando de los Archivos Nacionales de la India. También a mi cuñada Katy Rowan y a Harpavan Manku, quienes ejercieron una función similar en Londres, donde batallaron tanto contra la caligrafía de los archivos oficiales de la Compañía como con la correspondencia privada de Clive, Hastings, Cornwallis y Wellesley. También estoy agradecido a Aliya Naqvi y a Katherine Butler Schofield por sus bellas traducciones de los versos de Shah Alam.

Numerosos amigos han leído los sucesivos borradores de este libro y a ellos les estoy agradecido en particular: Peter Marshall, Rajat Datta, Robert Travers, Najaf Haider, Lakshmi Subramanian, Jean-Marie Lafont, Nonica Datta, Sonal Singh, Vijay Pinch, Mahmood Farooqui, Yashashwini Chandra, Narayani Basu, Katherine Butler Schofield, Mala Singh, Rory Fraser, Sam Miller, Gianni Dubbini, Jeremy Parkinson, Riya Sarkar, Chiki Sarkar, Jayanta Sengupta, Adam Dalrymple y Nandini Mehta.

Otros muchos me han proporcionado ayuda de valor incalculable. En la India, B. N. Goswamy, Ebba Koch, Momin Latif, John Fritz, George Michel, Shashi Tharoor, Chander Shekhar, Jagdish Mittal, Diana Rose Haobijam, Navtej Sarna, Tanya Kuruvilla, S. Gautam, Tanya

Banon y Basharat Peer. Debo agradecer en particular a Lucy Davison de Banyan, con diferencia, la mejor agencia de viajes de la India, que organizó la logística de mis viajes de investigación a lo largo de la costa carnática, a Srirangapatna, a Tonk, por todo el Decán hasta Pune, y, en el viaje más memorable, a Calcuta y Murshidabad durante el Durgá Puyá. En Pakistán: Fakir Aijazuddin, Ali Sethi, Hussain y Aliya Naqvi y Abbas de los Archivos del Punyab, que con gran generosidad me permitió acceder a fuentes en persa y urdu.

En EE. UU: Muzaffar Alam, Maya Jasanoff, Ayesha Jalal, Ben Hopkins, Nile Green, Sanjay Subramanyam, Durba Ghosh, Elbrun Kimmelman y Navina Haidar. En Gran Bretaña: Nick Robbins, Saqib Baburi, Ursula Sims-Williams, Jon Wilson, Malini Roy, Jerry Losty, John Falconer, Andrew Topsfield, Linda Colley, David Cannadine, Susan Stronge, Amin Jaffer, Anita Anand, Ian Trueger, Robert Macfarlane, Michael Axworthy, David Gilmour, Rory Stewart, Charles Allen, John Keay, Tommy Wide, Monisha Rajesh, Aarathi Prasad, Farrukh Husain, Charles Grieg, Rosie Llewellyn-Jones, Richard Blurton, Anne Buddle, Sam Murphy, Henry Noltie, Robert Skelton, Francesca Galloway, Sam Miller, Shireen Vakil, Zareer Masani, Tirthankar Roy, Brigid Waddams, Barnaby y Rose Rogerson, Anthony y Sylvie Sattin, Hew, Jock y Rob Dalrymple y el difunto y siempre añorado Chris Bayly, cuyas clases en Cambridge, hace más de treinta años, me hicieron interesarme por las complejidades de la India del siglo XVIII.

Como siempre, he tenido la gran suerte de contar con mi agente, el incomparable David Godwin, y con mis directores editoriales de Bloomsbury: Alexandra Pringle, Trâm-Anh Doan, Lilidh Kendrick, Emma Bal, Richard Charkin, Yogesh Sharma, Meenakshi Singh, Faiza Khan, Ben Hyman y en particular mi editor durante más de treinta años, Mike Fishwick. También deseo agradecer a Vera Michalski de Bouchet Chastel y en Italia al incomparable Roberto Calasso de Adelphi.

Mi adorada familia, Olivia, Ibby, Sam y Adam, me ha mantenido cuerdo y satisfecho durante los seis largos años que necesité para hacer realidad este libro. Olivia, en particular, ha sido una roca, un sostén emocional y una fuerza impulsora del proyecto; mi primera y mejor editora, además de una compañera vital siempre paciente, siempre generosa, siempre amorosa. Con ellos, y con mis queridos padres, que murieron durante la redacción del presente libro, tengo la mayor de las deudas. Mi padre, en particular, estaba convencido de que nunca finalizaría este libro y lo cierto es que no vivió para ver su punto final. Murió el día después de Navidad, cuando todavía me quedaban dos capítulos para

darle término. Pero fue mi padre quien me enseñó el amor por la historia y a amar la vida, y es a su memoria a la que dedico este libro.

William Dalrymple
North Berwick-Chiswick-Mehrauli,
marzo de 2013-junio de 2019



NOTAS

- 1 Philip Stern ha demostrado con brillantez que la Compañía tenía poder político real y tangible mucho antes de lo que, por lo común, se creía. *Vid.* Stern, P. J., 2011.
- 2 Ali, K., 1952, 63.
- 3 Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. III, 9-10.
- 4 *Cit.* por Rothschild, E.
- 5 Existen estudios históricos más recientes como los del historiador Richard Barnett y su obra Barnett, R., 1980; el libro de Bayly, C. A., 1983; y el de Alam, quien, en Alam, M., 1986, demuestra que hubo crecimiento económico en la India septentrional durante la primera mitad del siglo XVIII. Este nuevo concepto se ha difundido en numerosas publicaciones. Para una colección de ensayos que presenta este punto de vista «revisionista», *vid.* Alavi, S. (ed.), 2002; Marshall P. J. (ed.), 2003. Véase también Gordon, S., 1998; Datta, R., abril de 2019; Leonard, K., 1971; Mukherjee, T., 2013; Richards, J. F., 1990, 625-638; Ali, M. A., 1975, 385-396; Gordon, S., 1998b, 327-347; Trivedi, M., 2010; Pelo, S., 2014; Subrahmanyam, S., 1997; Richards, J. F., 1997; Bayly, C. A., 1978; Calkins, Ph., 1970.
- 6 Fakir Khair-al Din Illahabadi, Fakir, *Ibrat Nama*, BL, OIOC, Or. 1932. flv



CAPÍTULO 1

1599

El 24 de septiembre de 1599, mientras William Shakespeare trabajaba en el borrador de *Hamlet* en su casa situada río abajo del Globe, a apenas veinte minutos a pie del teatro en Southwark, se reunió un variopinto grupo de londinenses en una casona de entramado de madera, iluminada por numerosas ventanas ajimezadas de estilo Tudor.¹

Ya en su época, esta reunión fue considerada histórica, pues se presentaron notarios, que, armados de pluma y tintero, dejaron constancia de la representación del Londres isabelino, muy diversa, que aquel día se congregó en Founders' Hall, frente a Moorgate Fields.² En la cúspide de la escala social, con la cadena de oro símbolo de su cargo, estaba la robusta figura del lord alcalde en persona, *sir* Stephen Soame, vestido de fustán escarlata. Le acompañaban dos de sus predecesores en el cargo y varios altos ediles de la ciudad –mantecosos burgueses isabelinos, de barbas blancas encajadas en la maraña escarolada de sus lechuguillas de batista–.³ El más poderoso de todos era *sir* Thomas Smythe, de grave figura, con perilla, armiño y sombrero de copa. *Sir* Thomas era el auditor de la ciudad de Londres y había hecho fortuna importando pasas de Corinto de las islas griegas y especias de Alepo. Algunos años antes, el «auditor Smythe» había contribuido a la formación de la Compañía de Levante para sus expediciones comerciales; la presente reunión había sido iniciativa suya.⁴

Además de estos rechonchos pilares de la ciudad de Londres, figuraban otros muchos mercaderes de menor importancia que esperaban aumentar sus fortunas. También había hombres ambiciosos, de origen mucho más humilde, que buscaban ascender en la escala social. Sus profesiones fueron anotadas con meticulosidad por los notarios: tenderos, vendedores de telas, sastres, un «tundidor», un «vinatero», un «vendedor de cuero» y un «curtidor».⁵ Había también un puñado de soldados cubiertos de cicatrices. Se trataba de marinos y aventureros barbudos de los muelles de Woolwich y Deptford, lobos de mar azotados por las olas del océano, con sus zarcillos de oro, jubones y dagas ocultas en el cinto. Algunos de ellos habían combatido a la Gran Armada española una década atrás y otros habían entrado en acción junto con Drake y Raleigh contra los galeones del tesoro españoles en las aguas del Caribe, más cálidas. Pero ahora se describían a sí mismos ante los notarios con el educado eufemismo isabelino, *privateers*, «corsarios». Había también exploradores y viajeros que se habían aventurado aún más lejos: el explorador ártico William Baffin, por ejemplo, que dio nombre a la bahía homónima. Por último, también estaba presente un personaje que se describía a sí mismo como «historiógrafo de los viajes a las Indias orientales», el joven Richard Hakluyt, al que los aventureros le habían pagado la suma de 11 libras y 10 chelines* para que recopilase todo cuanto se supiera en Inglaterra acerca de la ruta de las especias.⁶

Un grupo tan diverso rara vez se había reunido bajo un mismo techo. Todos habían acudido con un único propósito: presentar una petición a la reina Isabel I, en ese momento una maquillada y empelucada anciana de 66 años de edad, para fundar una compañía cuyo objeto era «aventurarse en un viaje a las Indias Orientales y otras islas y países cercanos, para mercar [...] comprar o trocar tales bienes, mercancías, joyas o mercadear según tales islas o países puedan permitir [...] (lo cual pluga al Señor que prospere)».⁷ Dos días antes, Smythe había reunido a 101 de los mercaderes más ricos y les presionó para que se comprometieran a adquirir bonos individuales que iban desde las 100 a las 3000 libras... cifras considerables para la época. En total, Smythe reunió 30 133 libras, 6 chelines y 8 peniques.** Los inversores redactaron un contrato y añá-

* N. del A.: Unas 1200 libras actuales.

** N. del A.: Los equivalentes actuales de esas sumas son: 100 libras = 10 000 libras, 3000 libras = 300 000 libras; 30 133 libras, 6 chelines y 8 peniques: más de 3 millones de libras.

dieron su contribución al libro de cuentas: «Escrito de su puño y letra [...] por el honor de nuestro país nativo y por el avance del comercio y del mercado en este el reino de Inglaterra».



Siempre es un error leer la historia *a posteriori*. Hoy sabemos que la Compañía de las Indias Orientales (CIO) llegó en un futuro a controlar casi la mitad del comercio mundial y se convirtió en la corporación más poderosa de la historia. Como expresó Edmund Burke en una célebre frase, la compañía era «un Estado disfrazado de mercader». Visto de forma retrospectiva, el ascenso de la Compañía parece casi inevitable. Pero no era esto lo que parecía en 1599, pues, en el momento de su fundación, pocas empresas parecían tener menos perspectivas de éxito. En aquella época, Inglaterra era un país relativamente empobrecido y en su mayor parte agrícola, que había pasado casi un siglo en guerra consigo mismo por el asunto más controvertido de la época: la religión.⁸ Durante estas luchas, los ingleses se habían separado de forma unilateral de la institución más poderosa de Europa, un acto que a muchas de sus mentes más preclaras les pareció una automutilación deliberada. A ojos de un gran número de europeos, Inglaterra era poco más que una nación paria. Los ingleses, aislados de sus sorprendidos vecinos, se vieron obligados a recorrer el globo en busca de nuevos mercados y oportunidades comerciales lejanas. Y a eso se entregaron con entusiasmo pirático.

Sir Francis Drake marcó la pauta. Drake se había labrado un nombre como bucanero durante la década de 1560 con asaltos a recuas de mulas que transportaban plata española desde las minas a los puertos del istmo de Panamá. Gracias a los beneficios de estas incursiones, Drake se embarcó en 1577 en la circunnavegación del planeta en el *Golden Hinde*, una travesía que duró tres años. Era la tercera vez que se intentaba un viaje alrededor del globo; esto fue posible gracias a los últimos avances en brújulas y astrolabios, así como por el empeoramiento de relaciones con España y Portugal.⁹ Drake se había hecho a la mar «con grandes expectativas de obtener oro [y] plata [...] especias, cochinilla». Su viaje fue sostenido gracias a incursiones puntuales contra el tráfico mercante ibérico. Tras capturar una carraca portuguesa particularmente rica, Drake

retornó a Inglaterra con un cargamento «rebotante de oro, plata, perlas y piedras preciosas» valoradas en 100 000 libras.* Fue uno de los viajes de descubrimiento más provechosos. El hostigamiento y saqueo de los imperios ibéricos, más antiguos y más ricos, que controlaban la América central y meridional, contaba con la autorización de la Corona. Esta práctica era, en esencia, una especie de crimen organizado sancionado por el Estado isabelino y controlado por los oligarcas de Whitehall y Charing Cross. Cuando el rival de Drake, *sir* Walter Raleigh, y su tripulación retornaron de una de sus expediciones, el embajador español los calificó de inmediato de «piratas, piratas, piratas».¹⁰

Muchos de los que el embajador español habría calificado como tales estaban presentes aquel día en Founders' Hall. Los futuros inversores de la Compañía sabían que este grupo de marinos y aventureros, por más talentosos que fueran para la piratería, aún tenían que demostrar su pericia en la ocupación del comercio a larga distancia, más exigente, o para la fundación y sostenimiento de colonias. De hecho, en comparación con sus vecinos europeos, los ingleses eran meros aficionados en ambas tareas.

Su búsqueda del legendario paso del Noroeste hacia las islas de las Especies se había saldado en un desastre: no fueron a parar a las Molucas, como habían previsto, sino al borde del círculo polar ártico. Sus galeones acabaron encallados en la banquisa, sus castigados cascos fueron horadados por icebergs y sus tripulaciones despedazadas por los osos polares.¹¹ En 1599 tampoco habían sido capaces de proteger los asentamientos protestantes de Irlanda, sometidos a fuertes ataques. Los intentos ingleses de imponerse en el comercio de esclavos del Caribe no habían llegado a ninguna parte y el proyecto de establecer una colonia inglesa en Norteamérica se había saldado con un completo desastre.

En 1584, *sir* Walter Raleigh fundó el primer asentamiento británico en la isla Roanoke, al sur de la bahía de Chesapeake, región que bautizó como Virginia en honor a su soberana. Pero la colonia apenas sobrevivió un año: fue abandonada en junio de 1586, fecha en que fue hallada desierta por una flota de socorro. Los entusiastas colonos desembarcaron pero vieron que tanto la empalizada como las casas habían sido desmanteladas por completo. Nada revelaba el destino de los pobladores salvo un único esqueleto y el nombre de la tribu india local, CROATOAN, grabado en mayúsculas en un árbol. No había ni rastro de los 90 hombres, 17 mujeres y 11 niños que Raleigh había dejado allí dos años antes. Era como si se hubieran desvanecido en el aire.¹²

* N. del A.: Más de 10 millones de libras actuales.

Incluso los dos marinos y exploradores orientales más experimentados de todo Londres, los cuales se hallaban presentes en Founders' Hall, habían vuelto de sus expediciones con solo historias maravillosas y con tripulaciones y cargamentos dañados. Ralph Fitch fue el primero. En 1583 partió de Falmouth a bordo del *Tyger*. Le enviaba a comprar especias la nueva Compañía de Levante del auditor Smythe. Fitch viajó por tierra desde la costa levantina a Alepo, pero no pudo ir más allá de Ormuz, pues fue arrestado por los portugueses, los cuales le acusaron de espía. Cubierto de grilletes, fue enviado a Goa, donde le amenazaron con torturarlo con la garrucha, la versión inquisitorial del *bungee jumping*. Esta consistía en dejar caer a un hombre desde una altura atado a una cuerda. La cuerda se detenía a escasa distancia del suelo y descoyuntaba los miembros de la víctima. Se decía que el dolor infligido era más atroz que el potro, el método de tortura preferido de la época isabelina.

Fitch pudo escapar con la ayuda de fray Thomas Stevens, un jesuita inglés residente en Goa. Gracias al aval de Stevens, Fitch pudo recorrer los ricos sultanatos del Decán hasta la capital mogola del siglo XVI, Agra. Desde allí, vía Bengala, llegó a las Molucas.¹³ A su retorno a Londres, tres años más tarde, regaló a la ciudad los relatos de sus viajes y se convirtió en tal celebridad que su nave se menciona incluso en *Macbeth*, de Shakespeare: «Su marido zarpó a Alepo, como patrón del *Tigre*».* Pero, aunque Fitch trajo numerosas y tentadoras noticias del comercio de pimienta, volvió a Inglaterra sin un solo grano.¹⁴

El siguiente intento de la Compañía de Levante de introducirse en el comercio de especias, esta vez por la ruta marítima, fue aún más desastroso. El viaje de 1591 de *sir* James Lancaster constituyó el primer intento inglés de alcanzar oriente vía el cabo de Buena Esperanza. Tanto la financiación como las naves armadas fueron proporcionadas por el auditor Smythe y su Compañía de Levante. Pero tan solo uno de los cuatro buques de Lancaster, el *Edward Bonaventure*, consiguió regresar de las Indias y con una tripulación reducida a su mínima expresión. Los últimos supervivientes, cinco hombres y un muchacho, lograron arribar a Inglaterra con un cargamento de pimienta que habían saqueado de un buque luso con el que se habían cruzado. Lancaster y el resto de la tripulación habían quedado abandonados en las islas Comoras, donde habían naufragado a causa de un ciclón, pero lograron regresar en 1594. Durante el camino de regreso quedaron atrapados en la zona de calmas

* N. del E.: W. Shakespeare, *Macbeth*, Acto I, Escena III, L. A. de Cuenca y Prado y J. Fernández Bueno (trads.), Madrid, Reino de Cordelia, 2015.

ecuatoriales, sufrieron el azote del escorbuto y perdieron tres naves y casi toda su tripulación, alanceada por isleños furibundos. Por suerte, la Compañía de Levante tenía fondos abundantes, porque el viaje fue un fiasco financiero devastador.¹⁵

Al contrario que estos bucaneros astrosos, sus rivales portugueses y españoles, más sofisticados, llevaban más de un siglo edificando imperios rentables y cosmopolitas que se extendían por todo el globo, imperios cuyas importaciones masivas de oro del Nuevo Mundo habían convertido a España en el país más rico de Europa y habían proporcionado a Portugal el control de los mares y de las especias orientales, lo cual le situaba en el segundo puesto, muy cerca de España. De hecho, el único rival de los ibéricos, para humillación de los ingleses, era la diminuta República Neerlandesa, recién independizada, cuya población sumaba menos de la mitad que la inglesa y que se había sacudido el dominio español solo veinte años antes, en 1579.

Fueron los recientes y asombrosos éxitos de los neerlandeses los que habían llevado a unirse a este diverso grupo de londinenses. Tres meses antes, el 19 de julio, el almirante Jacob Corneliszoon van Neck de la Compagnie Van Verre –la Compañía de Tierras Distantes– había logrado regresar de Indonesia con un enorme cargamento de especias: 800 toneladas de pimienta, 200 de clavo y grandes cantidades de canela y nuez moscada. El viaje obtuvo un beneficio del 400 por ciento, nunca visto hasta entonces: «Nunca antes habían llegado a Holanda naves tan ricamente cargadas», escribió, lleno de envidia, un miembro de la Compañía de Levante.¹⁶

En agosto, tras el «éxito del viaje llevado a cabo por la nación holandesa», algunos mercaderes ingleses comenzaron a plantear la posibilidad de establecer una compañía para hacer viajes similares de compra de especias, pero no a intermediarios de Oriente Medio, que triplicaban el precio con su comisión, sino directamente a los productores, situados al otro lado del mundo, en las Indias Orientales. La principal impulsora de esta iniciativa, una vez más, fue la camarilla de mercaderes de la Compañía de Levante, que habían comprendido, como escribió uno de ellos desde la isla griega de Quíos, que el comercio neerlandés con las Indias «superaba con creces nuestros negocios con Alepo».¹⁷

La gota que colmó el vaso fue que los neerlandeses enviaron una delegación a Londres para comprar naves inglesas para nuevas expediciones a oriente. Esto era demasiado para el orgullo del Londres isabelino. A los agentes de Ámsterdam, que esperaban en el Old Steelyard de la Compañía de Hamburgo, se les respondió: «Nuestros mercaderes de

Londres tienen menester de todas nuestras naos y no tienen ninguna que vender a los holandeses. Nosotros también tenemos intención de comerciar con las Indias Orientales». ¹⁸ La reunión de Founders' Hall era resultado directo de esta respuesta. Tal y como informaron al consejo privado de la reina Isabel en su petición, estaban dispuestos, «con no menor interés por el progreso del comercio de su país natal que el de los mercaderes holandeses por beneficiar a su república [...] por el honor de nuestro país natal y el progreso del comercio [...] a organizar el año presente un viaje a las Indias Orientales». ¹⁹

Más de una cuarta parte de los contribuyentes al viaje, y 7 de los 15 directores originales de la empresa, eran miembros notables de la Compañía de Levante. Estos temían, con razón, que los neerlandeses habían arruinado su inversión en el comercio de especias. Por lo que, además de proporcionar una tercera parte del capital, también cedieron muchas naves, así como los edificios en los que tuvieron lugar las primeras reuniones. «La Compañía de Mercaderes Londinenses para el comercio con las Indias Orientales» fue, por tanto, un subproducto de la Compañía de Levante y un mecanismo por el que sus accionistas extendían su comercio hacia Oriente Medio por vía marítima y también para reunir la mayor cantidad posible de capital. ²⁰

Esta era la razón por la que Smythe y sus socios habían decidido fundar una nueva compañía y abrirla a todo el que quisiera contribuir, en lugar de limitarse a extender su monopolio actual. Al contrario que la Compañía de Levante, que tenía una junta fija de capitalistas de 53 miembros, la CIO fue, desde sus principios, concebida como una sociedad accionarial, abierta a todos los inversores. Smythe y sus socios habían decidido que, debido a las enormes expensas y los grandes riesgos de la empresa, «una empresa comercial a una región tan remota solo puede ser gestionada mediante un capital conjunto». ²¹ Los costes eran, al fin y al cabo, astronómicos. Los bienes que pretendían adquirir eran sumamente caros y debían transportarse en naves enormes y costosas que requerían grandes tripulaciones y la protección de artilleros y mosqueteros profesionales. Incluso si todo iba conforme a lo planeado, la inversión no generaría dividendos en años.

La idea de una compañía de capital abierto fue una de las innovaciones más brillantes y revolucionarias de la Inglaterra de los Tudor. Esta surgió de los gremios de artesanos medievales, donde mercaderes y fabricantes sumaban recursos para emprender iniciativas que ninguno podía permitirse por sí solo. Pero la diferencia crucial de una compañía accionarial era que esta tenía capacidad de atraer a inversores pasivos que

podían contribuir con dinero al proyecto sin participar en su gestión. Cualquiera podía comprar y vender las acciones y su precio subiría o bajaría en función de la demanda y del éxito de la empresa.

Una compañía de estas características constituiría «un cuerpo político y corporativo», esto es, una empresa que tendría una identidad legal y una inmortalidad corporativa que le permitiría trascender los fallecimientos de los accionistas, «del mismo modo», escribió el jurista William Blackstone, «que el río Támesis es siempre el mismo río, pero las partes que lo componen cambian a cada instante».²²

Cuarenta años atrás, en 1553, la generación anterior de mercaderes londinenses había iniciado el proceso de creación de la primera compañía accionarial de fletes: la Compañía de Moscovia, o, en su glorioso nombre original, el Gremio y Compañía de los Aventureros Mercantes para el Descubrimiento de Regiones, Dominios, Islas y Lugares Desconocidos.²³ Su objetivo original era explorar una idea que los geógrafos de la época clásica habían debatido, a saber, que el mundo era una isla rodeada por un océano, lo cual quería decir que debía de haber un paso septentrional hacia las especias y el oro del Lejano Oriente como también lo había por el cabo de Buena Esperanza, así como que dicho paso del Noroeste estaría libre de la presencia de sus rivales ibéricos.

Aunque los directores de la Compañía de Moscovia pronto llegaron a la conclusión de que la ruta por el norte no existía, mientras la buscaban descubrieron una vía terrestre, en la que comerciaron con éxito. Esta ruta llegaba a Persia a través de Rusia. Antes de que las conquistas de los turcos otomanos cortasen esta vía en 1580, la Compañía envió seis exitosos viajes a Isfahán y a las otras grandes ciudades-bazar de la región, de los que obtuvieron beneficios respetables.²⁴

En 1555, la Compañía de Moscovia recibió al fin un privilegio real que especificaba sus prerrogativas y responsabilidades. En 1583 se habían concedido privilegios a las compañías de Venecia y de Turquía, las cuales se fusionaron en 1592 en la Compañía de Levante. Ese mismo año se fundó la Compañía de Sierra Leona para la trata de esclavos. La Compañía de las Indias Orientales inglesa, por tanto, seguía un camino bien trillado, por lo que obtener el privilegio real no debía suponer mayor complicación. Dado que la reina quería tener a la City de su lado en caso de rebelión del levantisco Robert Devereux, conde de Essex, esta respondió a la petición con una sorprendente solicitud.²⁵

Pero, casi de inmediato, llegaron órdenes del Consejo Privado de la reina que suspendía tanto la formación de la Compañía como los preparativos del viaje. Las negociaciones de paz con España que siguie-

ron a la muerte del rey Felipe II en 1598 seguían en curso y sus señorías «consideraban más beneficioso [...] hacer la paz, y que esta no debía ser obstaculizada» por una disputa, con lo que decidieron que los aventureros «no debían emprender su empresa durante el año presente».

Los mercaderes, ninguno de los cuales pertenecía a la nobleza, y por tanto tenían muy escasa influencia o poder en la corte, no tenían otra opción que esperar. Durante doce meses pareció como si la ambiciosa idea de fundar una compañía inglesa para comerciar con oriente quedara en solo eso: en el sueño de una noche de verano.

Hubo que esperar a que las conversaciones de paz con España fracasaran, en el verano de 1600, para que el Consejo Privado cambiase de opinión y se sintiera lo bastante confiado para afirmar la libertad universal de navegación por los mares y el derecho de toda nación a enviar naves allí donde deseara. El 23 de septiembre de 1600, casi un año exacto después de que se redactara la petición, los accionistas recibieron al fin autorización para iniciar su empresa: «A Su Majestad le complaça –se les comunicó–, que emprendan su propósito [...] y marchen al citado viaje».²⁶



El 31 de diciembre de 1600, el último día del primer año del nuevo siglo, el «governador y compañía de mercantes de Londres para el comercio con las Indias Orientales», un grupo de 218 hombres, recibió su privilegio real.²⁷

Su privilegio les concedió poderes mayores de los que los peticionarios esperaban, o más incluso de lo que hubieran deseado. Además de exención de impuestos aduaneros para sus seis primeros viajes, les concedía el monopolio británico durante quince años sobre el «comercio con las Indias Orientales» un área de vaga definición que pronto abarcaría todo el comercio y el tráfico mercante entre el cabo de Buena Esperanza y el estrecho de Magallanes, además de concederles privilegios semisoberanos para gobernar territorios y reclutar ejércitos. La redacción del texto era lo suficientemente ambigua como para permitir a futuras generaciones de responsables de la CIO emplear el privilegio para reclamar jurisdicción sobre todos los súbditos ingleses de Asia, acuñar moneda, edificar fortificaciones, redactar leyes, librar guerras, tener una política

exterior independiente, tribunales propios, impartir castigos, encarcelar súbditos ingleses y establecer asentamientos. Un futuro crítico y editor se quejó, no sin motivo, que se había concedido a la Compañía el monopolio sobre «casi dos terceras partes del comercio mundial».²⁸ Y, si bien hicieron falta dos siglos y medio para explotar este potencial, la redacción del privilegio de la CIO dejó abierta, desde el comienzo, la posibilidad de que se convirtiera en una potencia imperial, que ejercía soberanía y controlaba población y territorio.²⁹

Los mercantes aventureros no habían estado ociosos durante el año de espera. Habían ido a Deptford para «examinar varias naves», una de las cuales, el *May Flowre*,* se haría famosa en el futuro por un viaje en dirección opuesta.³⁰ Compraron cuatro buques que fueron llevados a dique seco para reequiparlos. Debido a la urgencia de las reparaciones, se autorizó el reparto de un barril de cerveza al día «para evitar que los trabajadores se escapen del trabajo para ir a beber». El que debía ser buque insignia de la Compañía era una nave de 900 toneladas, un antiguo barco corsario construido para atacar el tráfico español en el Caribe, el *Scourge of Malice* [Azote de Maldad], rebautizado *Red Dragon* [Dragón Rojo] para darle un nombre que sonase un poco menos pirático.

Los aventureros también se pusieron de inmediato a comprar, además de naves, nuevos mástiles, anclas y jarcias, así como a redactar un inventario detallado del equipamiento para sus expediciones: «áncores», «velas varaderas», «jarcias y cordeles», «cables, buenos y malos, una muy buena boneta» y «1 gran calabrote». También estaba el armamento que necesitarían: «40 mosquetes, 24 picas [...] 13 falconetes, 2 *fowler*,** 25 barriles de pólvora» y «esponjas, cazoletas y atacadores» para los cañones.³¹

Asimismo, se dedicaron con gran energía a encargar toneles que irían llenos de «cerveza, 170 toneles, 40 toneles de cerdo, 12 toneles secos para avena, un tonel seco para semillas de mostaza, un tonel seco para arroz [...] galleta bien seca [...] buen pescado [...] muy seco», además de «120 bueyes» y «60 toneles de sidra». Mientras tanto, los financieros de la Compañía reunieron 30 000 libras en moneda,** así como

* N. del T.: Es decir, el *Mayflower*, que en 1620 llevó a los llamados Padres Peregrinos [*Pilgrim Fathers*] a las costas de Nueva Inglaterra. Fueron los primeros colonos ingleses que se establecieron en la costa de lo que hoy es Massachusetts.

** N. del T.: Un *fowler* era una gran pieza de hierro forjado de retrocarga. Su nombre deriva del nombre de su inventor, el germano *Vögler* (del que, a su vez, deriva el francés *veuglaire*, el alemán *vogler* y el flamenco *vogheler*).

*** N. del A.: Más de 3 millones de libras actuales.

diversos bienes con los que esperaban comerciar a su llegada: es lo que denominaban una «inversión» de hierro, latón y telas inglesas, que esperaban que fueran aceptadas a cambio de pimienta, nuez moscada, clavo, macis, cardamomo y otras especias aromáticas y joyas que pretendían traer en el viaje de retorno.³²

Hubo un último contratiempo. En febrero de 1601, el impulsor de la naciente Compañía, el auditor Smythe, fue encarcelado por breve tiempo en la Torre de Londres, acusado de complicidad con la rebelión del envalentonado conde de Essex.³³ Pese a ello, tan solo dos meses después de la concesión del privilegio real, el 13 de febrero de 1601 el *Red Dragon*, una vez completadas las reparaciones, soltó amarras de los muelles de Woolwich y se deslizó por el Támesis entre la fría bruma de febrero. Le seguían de cerca sus tres escoltas: el *Hector*, el *Susan* y el *Ascension*. Volvía a estar al mando la severa figura de *sir* James Lancaster, el cual había aprendido algunas lecciones de sus aventuras anteriores: llevaba suficiente zumo de limón para evitar el escorbuto en la tripulación y suficiente armamento —no menos de 38 piezas— para hacer frente a cualquier competidor que pudiera hallar en ruta.³⁴

El comienzo del viaje fue malo hasta rayar la comicidad. Cuando abandonaban el estuario del Támesis, el viento se calmó. Durante dos meses, la flota, humillada, permaneció en el canal, a la vista de Dover. Pero el viento volvió a soplar y, en septiembre, habían doblado el cabo, donde se detuvieron para aprovisionarse. Lancaster, para explicar a los nativos que quería comprar carne, hizo una primera demostración de la aptitud para las lenguas que distinguiría al imperialismo inglés: «Les habló en el lenguaje del ganado [...] “*muuu*” para vacas y bueyes, y “*beeé*” para ovejas». A continuación, pusieron proa a las islas Mauricio, donde encontraron una serie de grabados en una roca. No era una buena noticia: cinco naves neerlandesas habían dejado constancia de su visita a la isla cinco meses antes.³⁵

La flota de Lancaster no consiguió llegar a Aceh hasta junio de 1602. Una vez arribada, los integrantes comenzaron a negociar con el sultán para adquirir sus especias. Poco después, la tripulación avistó una carraca portuguesa. Lancaster había recibido instrucciones de que sus hombres debían «dedicarse a mercadear», pero también estaba autorizado a dedicarse a la piratería contra naves españolas o portuguesas «si surgía la oportunidad sin prejuicios ni riesgos». Lancaster no dudó un momento.

Un año más tarde, el 1 de junio de 1603, comenzaron a llegar a Londres rumores desde Francia de que la primera flota de la Compañía había retornado sana y salva a aguas europeas. Pero hubo que esperar al

6 de junio para que Lancaster echase el ancla en los Downs, «por lo cual dimos gracias a Dios todopoderoso por librarnos de infinitos peligros y trabajos».³⁶ Esta vez, Lancaster regresó con sus cuatro naves, intactas y cargadas hasta los topes. Transportaba no menos de 900 toneladas de pimienta, canela y clavo, buena parte de las cuales procedentes de la carraca portuguesa. Sumadas a las especias compradas en Aceh, el viaje obtuvo un impresionante beneficio del 300 por ciento.

Esta fue la primera de quince expediciones de la CIO que partieron durante los 15 años siguientes. Pero lo cierto es que era calderilla en comparación con lo que estaban consiguiendo los neerlandeses del otro lado del canal. En marzo de 1602, mientras Lancaster aún permanecía en las Molucas, las diversas compañías de Indias Orientales Neerlandesas se fusionaron y conformaron la VOC (*Vereenigde Oostindische Compagnie* [Compañía Unida de las Indias Orientales]), que recibió monopolio estatal para comerciar con oriente. Una vez sumadas todas las aportaciones de capital por los contables de Ámsterdam, el total superaba en casi diez veces la base de capital de la CIO inglesa. La VOC pudo proporcionar a sus inversores un dividendo inmediato del 3600 por ciento.³⁷

En comparación con esto, la Compañía inglesa fue, durante muchos años, una empresa de extraordinaria modestia y de ambiciones relativamente limitadas. Pues, a pesar de la excitación inicial vivida en Founders' Hall, los mercaderes habían obtenido un capital relativamente magro, 68 373 libras; por el contrario, la empresa rival de los neerlandeses había reunido la magnífica suma de 550 000 libras.* Esta, además, recibió numerosas contribuciones adicionales, mientras que la Compañía inglesa tuvo problemas para obtener incluso el capital prometido por los primeros inversores.

Los registros de la Compañía de octubre de 1599 contienen las primeras quejas acerca de «la falta de puntualidad de muchos de los contribuyentes que habían firmado con sus nombres», pero que «no habían traído dinero alguno». Unos meses más tarde, los directores comenzaron a amenazar con sanciones más severas a los que no cumplieran con su compromiso de Founders' Hall. El 11 de enero de 1600, se ordenó que «todo miembro de esta hermandad [...] que haya incurrido en deudas [...] sea recluido en prisión mientras dure esta irregularidad». Se emitió una orden de arresto contra cuatro personas, que debían ser encerradas en la prisión de Marshalsea si no pagaban antes de cuatro días.

* N. del A.: El equivalente actual de estas cifras es: 68 373 libras = 7 179 165 libras; 550 000 = más de 57 millones de libras.

El resultado de la falta de financiación fue una empresa pequeña con flotas pequeñas, que carecía de capital propio: tan solo disponía de contribuciones individuales para viajes individuales. En esta época, los ingleses no disponían de los amplios recursos financieros de los neerlandeses. Además, Virginia y el Nuevo Mundo parecían haber captado la imaginación de los nobles ingleses más acaudalados, entre otros motivos porque parecía más asequible y menos arriesgado: una oferta de 10 chelines por una finca de 100 fértiles acres de tierra virginiana parecía una opción mucho más atractiva que pagar 120 libras* por 10 volátiles acciones de las Indias Orientales. Por el momento, la CIO solo podía aspirar a ser un jugador en inferioridad en uno de los mercados más ricos, sofisticados y competitivos del mundo.³⁸

Pero, dados los graves riesgos de esta difícil empresa, la Compañía no estaba atrayendo a los aspirantes que necesitaba para llevarla a buen puerto. «No es infrecuente que vengan de [la prisión de] Newgate, como han confesado algunos de ellos», decía una carta de la Compañía, que se quejaba de la calidad de sus reclutas, «aunque a estos podemos manejarlos bastante bien. Pero últimamente hemos recibido algunos procedentes [del asilo de lunáticos] de Bedlam».³⁹ Ya habían llevado informes de trabajadores de la Compañía que «andan en peligroso desorden, con bebida y rameras». Una segunda carta imploraba a los directores que intentaran reclutar «hombres civiles y sobrios» y que «se deben descartar personas negligentes, libertinas o borrachos habituales».⁴⁰

Durante los primeros años del siglo XVII partieron muchas más expediciones, que, en su mayoría, generaron modestos beneficios, pero la CIO no podía imponerse a las flotas de Indias neerlandesas, mejor armadas, financiadas y de tripulaciones más expertas. «Estos *butterboxes*** [neerlandeses] son tan insolentes —se lamentaba un capitán inglés—, que si se les permite ir un poco más allá, se harán con todas las Indias, de modo que nadie salvo ellos pueda comerciar, o quien ellos consientan; pero espero algún día ver su orgullo humillado».⁴¹ Pero no fue el orgullo neerlandés el que sufriría. En 1623, tropas de la VOC atacaron la factoría de Amboina (hoy Ambon), en las Molucas, y torturaron y mataron a diez ingleses. Esto dio inicio a varias décadas de guerra entre Inglaterra y los Países Bajos en las que, a pesar de algunos éxitos puntuales, los ingleses solían salir perdiendo. En cierta ocasión, la flota holandesa llegó a

* N. del A.: 12 600 libras actuales.

** N. del T.: *Butter-Box*, literalmente, «mantequera». Apodo despectivo que los británicos daban a los neerlandeses en la época de las Guerras Anglo-Neerlandesas.

remontar el Támesis y atacó Sheerness, donde destruyó las naves situadas en los muelles de Chatham y Rochester.⁴²

Tras varios encuentros dolorosos, los directores de la CIO decidieron que no tenían otra opción que dejar en manos de los neerlandeses las lucrativas islas de la Especiería y el comercio de especias aromáticas y concentrarse en sectores comerciales asiáticos menos competitivos, aunque más prometedores: textiles de calidad, de algodón, índigo y cretona.

La fuente de estos tres productos de lujo era la India.



El 28 de agosto de 1608, el capitán William Hawkins, un rudo marino que había participado en el tercer viaje, ancló su nave, el Hector, frente a la costa de Surat. Con ello, se convirtió en el primer patrón de una nave de la CIO que ponía pie en suelo indio.⁴³

Por aquel entonces, India tenía una población de 150 millones, esto es, una quinta parte del total mundial, y producía cerca de una cuarta parte de las manufacturas del globo. En muchos aspectos, era el gran centro industrial del mundo y el líder global de manufacturas textiles. No en vano, tantas palabras inglesas relacionadas con los tejidos —*chintz* [cretona], *calico* [calicó], *shawl* [chal], *pyjamas* [pijama], *khaki* [caqui], *dungarees* [mahón o nanquín], *cummerbund* [faja], *taffetas* [tafetán]— son de origen indio.⁴⁴ La India abarcaba un porcentaje del comercio mundial mucho mayor que ninguna otra región de tamaño comparable y el peso de su poder económico alcanzaba incluso hasta México, cuyas manufacturas textiles sufrieron una crisis de «desindustrialización» a causa de las importaciones de tejidos indios.⁴⁵ Por el contrario, Inglaterra apenas tenía un 5 por ciento de la población de la India y producía menos del 3 por ciento de los bienes manufacturados del mundo.⁴⁶ Una buena parte de los beneficios de este comercio iba a parar al tesoro mogol, en Agra, lo cual hacía del emperador mogol, con unos ingresos de alrededor de 100 millones de libras,* el monarca más rico del mundo con diferencia.

Las capitales mogolas eran las megaurbes de su tiempo: «Ninguna ciudad de Asia o Europa las supera —consideraba el jesuita fray Anto-

* N. del A.: Más de 10 000 millones de libras actuales.

nio de Monserrat—,* en lo relativo a tamaño, población, o riqueza. Sus ciudades están abarrotadas de mercaderes, que acuden desde toda Asia. No hay arte o artesanía que no se practique en ellas». Entre 1586 y 1605, la plata europea fluyó hacia el corazón del Imperio mogol a un ritmo asombroso: 18 toneladas métricas anuales. Como observó William Hawkins, «todas las naciones traen moneda y se llevan bienes a cambio de ellas». ⁴⁷ Para sus contemporáneos occidentales, vestidos con sus braguetas de mar, los mogoles, cubiertos de sedas y joyas, eran la viva imagen de la opulencia y el poder, un significado que, desde entonces, se asoció para siempre a la palabra «mogol».**

Hacia comienzos del siglo XVII, los europeos se habían acostumbrado a las victorias militares fáciles sobre los otros pueblos del mundo. En la década de 1520, los españoles barrieron a los enormes ejércitos del poderoso Imperio azteca en pocos meses. En las islas de la Especiería, en las Molucas, los neerlandeses atacaron a los mismos regentes con los que antes comerciaban y masacraron a los isleños que acudían a recibirlos en canoa, incendiando sus ciudades y ocupando sus puertos. En una única isla, Lontor, 800 habitantes fueron esclavizados y deportados a la fuerza para trabajar en las nuevas plantaciones de especias en Java; 47 jefes fueron torturados y ejecutados. ⁴⁸

Pero, como no tardó en darse cuenta el capitán Hawkins, ninguna nación europea podía plantearse intentar lo mismo contra el gran mogol, entre otros motivos porque su ejército contaba con la apabullante cifra de 4 millones de soldados. ⁴⁹ En 1632, el emperador descubrió que los portugueses habían estado edificando sin su permiso fortificaciones y «moradas del más grande esplendor y fortaleza» en Hughli, Bengala, además de ignorar las leyes mogolas y hacer conversiones forzosas al cristianismo. El emperador ordenó atacar el asentamiento y expulsar a los portugueses.

La ciudad cayó en manos de las huestes mogolas en cuestión de días. Los intentos de sus habitantes de escapar por el Ganges se vieron frustrados por una ingeniosa barrera que cerraba el paso del río. Fueron enviados a Agra 400 cautivos portugueses, «junto con los ídolos de esos infieles errados», a implorar clemencia. Los que se negaron fueron, según el *Padshahnama*, «repartidos [como esclavos] entre los emires», «o

* N. del T.: Antonio de Monserrat (1536-1600), jesuita catalán destinado a Goa, viajó por Asia Central y la península arábiga. Escribió cuatro relatos de sus viajes, de los cuales se conservan dos: *Mongolicae Legationis Commentarius y Relaçam de Akbar, rey de los mongoles*.

** N. del T.: En inglés moderno, *mogul* tiene la acepción de personaje rico e influyente.

encarcelados y torturados. La mayor parte pereció». El virrey portugués de Goa no pudo hacer nada al respecto.⁵⁰

En vista de todo esto, la Compañía era consciente de que si tenía que comerciar con los mogoles necesitaría socios locales y permisos, lo cual significaba tratar con el emperador mogol en persona. Hawkins necesitó un año para llegar a Agra, cosa que logró disfrazado de noble afgano. Una vez en Agra, el emperador le recibió por breve tiempo y conversaron en turco. Pero Jahangir pronto perdió interés en aquel lobo de mar a medio educar y le envió de vuelta por donde había venido con el regalo de una esposa armenia cristiana. La misión logró poca cosa. Poco después, una segunda flota de la CIO, capitaneada por *sir* Henry Middleton, fue expulsada del apostadero de Surat, frente a Suvali —o *Swally Hole*, como chapurreaban los ingleses— por los jefes locales, que les ordenaron marcharse después de que los amenazasen los residentes portugueses en el puerto.⁵¹

Era menester una misión más imponente: la Compañía logró persuadir al rey Jacobo para que despachase un enviado regio. El hombre elegido era un cortesano, miembro del Parlamento, diplomático, explorador del Amazonas y embajador ante la Sublime Puerta, que se definía a sí mismo como «hombre de calidad»: *sir* Thomas Roe.⁵² En 1615, Roe llegó a Ajmer con «perros de caza» de regalo —mastines ingleses y galgos irlandeses—, una carroza inglesa, algunos cuadros manieristas, un virginal inglés y numerosas tinajas de vino tinto, pues le habían dicho que a Jahangir le complacía el vino. Aun así, las entrevistas de Roe con el emperador fueron difíciles. Cuando al fin se le concedió audiencia, Roe, tras presentar sus respetos, pasó de inmediato a la cuestión del comercio y de los derechos arancelarios. No obstante, el emperador esteta a duras penas podía disimular su aburrimiento ante tales temas de conversación.

Jahangir era, ante todo, un hombre de enorme sensibilidad, curiosidad e inteligencia, que se complacía en la observación del mundo que le rodeaba. Era un ávido coleccionista de curiosidades del mundo, desde globos terráqueos y espadas venecianas a sedas safávidas, piezas de jade e incluso cuernos de narval. Orgulloso heredero de la tradición indo-mogola de estética y conocimiento, además de regir el imperio y encargarse de grandes obras de arte, tenía un notable interés en la crianza de cabras y guepardos, en la medicina y en la astronomía, así como un apetito insaciable por todo lo relacionado con la cría de animales, como si fuera un terrateniente ilustrado de generaciones posteriores.

Esto, y no la mecánica del comercio, era lo que le atraía, por lo que siguieron varios meses de conversaciones entre los dos hombres en

las que cada uno hablaba de lo que le interesaba. Roe trataba de dirigir la conversación hacia el comercio y la diplomacia y los firmanes (órdenes imperiales) que deseaba recibir, que se le diera «permiso para una factoría inglesa» en Surat y «el establecimiento de comercio y residencia firme y segura para mis compatriotas» en «constante paz y amor». Pero Jahangir respondía que tales asuntos mundanos podían esperar y le contestaba con preguntas de la lejana y brumosa isla de la que procedía, las extrañas cosas que allí ocurrían y el arte que allí se hacía. Roe vio que Jahangir «espera grandes presentes y joyas y no tiene en cuenta ningún otro comercio que no sea el que satisfaga su apetito insaciable de piedras, riquezas y raras piezas artísticas». ⁵³

«Me preguntó qué regalo le traeríamos», observó Roe.

Le contesté que la alianza [entre Inglaterra y la India mogola] todavía era nueva y muy incipiente; que en nuestro país podían hallarse numerosas curiosidades de raro precio y estimación, que el rey le enviaría, y los mercaderes buscarían en todas las partes del mundo, si se les aseguraba comercio seguro y protección bajo condiciones honorables.

Me preguntó qué curiosidades eran las que mencionaba, si me refería a joyas y piedras preciosas. Le contesté que no: que no los considerábamos regalos dignos, pues nosotros las traíamos de las regiones en las que él era el Señor supremo [...] pero que buscábamos cosas para su Majestad, que fueran raras aquí y nunca vistas. Él repuso que le parecía muy bien: y que deseaba tener un caballo inglés [...] así, tras numerosas chanzas, bromas y alardes con respecto a las artes de su país, pasó a preguntarme con qué frecuencia bebemos, y cuánto, y qué bebemos. ¿Qué hay en Inglaterra? ¿Qué es la cerveza? ¿Cómo se hace? Y también inquirió si podríamos fabricarla aquí. En todo lo cual satisface sus grandes exigencias [...]. ⁵⁴

Roe, en ocasiones, podía ser muy crítico acerca del dominio mogol —«religiones infinitas, leyes ninguna»— pero, a su pesar, estaba profundamente impresionado. En una carta de 1616 escrita al futuro rey Carlos I desde la bella colina fortificada de Mandu, en el centro de India, Roe describe las celebraciones del aniversario del emperador. En su carta, Roe afirmaba haber entrado en un mundo de esplendor casi inimaginable.

Las celebraciones tuvieron lugar en un «bello jardín, de gran extensión, con una plaza en su centro toda de agua, y a los lados flores y ár-

boles, y en su centro un pináculo, donde estaban preparadas las balanzas [...] de oro macizo», en las que el emperador obtendría su peso en joyas.

Allí estaba presente la nobleza, toda ella sentada en alfombras hasta que llegaba el rey, quien venía vestido, o mejor dicho cubierto, de diamantes, rubíes, perlas, y otros lujos preciosos, ¡tan grande, tan glorioso! Su cabeza, cuello, pecho, brazos, por encima del codo, en las muñecas, no menos de dos o tres anillos en cada dedo, rebotan de cadenas de diamantes, rubíes grandes como nueces –algunos incluso mayores– y perlas de una magnitud tal que maravillaba contemplarlas [...] en joyas, que son sus objetos favoritos, el emperador es el tesoro del mundo, compra todo lo que llega, y acumula tal cantidad de piedras preciosas que se diría que quiere construir con ellas, no ostentarlas.⁵⁵

Los mogoles, a su vez, sentían una innegable curiosidad con respecto a los ingleses, pero no podía decirse que estuvieran impresionados. Jahangir sintió mucha admiración por la miniatura de una de las amigas de Roe; tal vez se trataba de la *lady* Huntington a la que escribió apasionadas cartas desde «Indya».⁵⁶ Pero Jahangir se empeñó en demostrar a Roe que sus artistas podrían copiarla tan bien que Roe no podría distinguir la réplica del original. También admiraron la carroza inglesa, pero Jahangir hizo que el interior Tudor, ligeramente raído, fuera mejorado de inmediato con tejido de oro mogol. También aprovechó para hacer una nueva demostración de la pericia de sus *kar-khana*, pues hizo que toda la carroza fuera copiada hasta el último detalle, en menos de una semana, para que su adorada emperatriz, Nur Jahan, pudiera tener una carroza para ella.⁵⁷

Roe descubrió, humillado, que los mogoles daban prioridad menor a las relaciones con los ingleses. A su llegada, fueron embutidos en un alojamiento de pobre calidad. Toda la embajada tan solo disponía de cuatro habitaciones del caravasar, que eran «no más grandes que hornos, y con la misma forma, redondas por arriba, sin otra luz que la puerta, y tan pequeñas que los bienes de dos carros bastarían para llenarlas».⁵⁸ Aún más humillante fue el que sus presentes, algo pobres, fueran ridiculizados por los de la embajada portuguesa rival, que trajo a Jahangir «joyas, *ballestas* [espinelas] y perlas, que humillaron a los dones ingleses».⁵⁹

Roe regresó a Inglaterra después de tres agotadores años en la corte. Había obtenido al fin permiso de Jahangir para construir una factoría

(puesto de comercio) en Surat, un acuerdo «de recepción y continuidad en sus dominios» y un par de firmanes imperiales, de alcance y contenido limitados, pero que podían ser útiles contra funcionarios mogoles poco cooperativos. Jahangir, no obstante, no concedió privilegios comerciales de importancia, probablemente porque consideraba tal cosa indigna de su persona.⁶⁰

El estatus de los ingleses en la corte mogola del periodo es ilustrado por una de las imágenes más famosas de la época, una miniatura obra de Bichitr, maestro pintor de Jahangir. La pintura buscaba mostrar cómo el piadoso Jahangir prefería la compañía de sufíes y santos a la de príncipes poderosos. Esto, en realidad, no estaba tan alejado de la realidad, como demuestran algunas anécdotas de Roe. En una de las más reveladoras, este contempló con asombro a Jahangir detenerse una hora a conversar con un santón que se encontró durante sus viajes:

Un pobre viejo, cubierto de polvo y andrajos, con un jovenzuelo que le servía. Con este despojo miserable, vestido de harapos, coronado de plumas, su majestad conversó durante una hora, con familiaridad y grandes muestras de amabilidad, y una humildad que difícilmente se hallará entre reyes [...] le tomó en su brazos, que jamás habían sido tocados por un cuerpo limpio, le abrazó, y por tres veces le puso su mano en su corazón, llamándole padre. Todos nosotros, yo mismo, quedamos admirados ante tal muestra de virtud en un príncipe pagano.⁶¹

Bichitr ilustra esta idea al mostrar a Jahangir en el centro, sentado en un trono con un halo de majestad que brilla tanto que uno de los *putti*, retratado en plena huida de una transfiguración portuguesa, tiene que protegerse los ojos de tan refulgente brillo. A sus pies, otros dos *putti* escriben un cartel en el que puede leerse «¡Alá Akbar! ¡Ojalá tu reinado perdure mil años, oh Rey!». El emperador extiende su mano para entregar un Corán a un sufi de barba blanca y poblada, al tiempo que menosprecia las manos extendidas del sultán otomano. El monarca inglés Jacobo I, con sombrero emplumado y enjoyado y jubón jacobino blanco plata, está relegado a la esquina inferior izquierda del cuadro, por debajo de los pies de Jahangir y solo por encima del autorretrato del propio Bichitr. El rey es presentado en tres cuartos –un ángulo que las miniaturas mogolas reservan a los personajes menores– y tiene un gesto avinagrado a causa de su posición inferior en la jerarquía mogola.⁶² Roe

redactó resmas y resmas de papel acerca de Jahangir, pero este último no se molestó en mencionar a Roe en sus voluminosos diarios. Estos comerciantes venidos del norte, torpes y sin arte, tendrían que esperar un siglo a que los mogoles se dignasen a mostrar algún interés en ellos.

Pero, a pesar de toda su torpeza, la misión de Roe fue el comienzo de una relación entre los mogoles y la Compañía que acabaría permitiendo a la CIO posicionarse de forma gradual en el centro del Imperio mogol. Durante los doscientos años siguientes, la CIO aprendió poco a poco a operar con éxito en el sistema mogol y a hacerlo en su idioma; sus delegados aprendieron a hablar correctamente el persa, la etiqueta cortesana conveniente, el arte de sobornar al responsable adecuado y, con el tiempo, a superar a todos sus rivales –lusos, neerlandeses y galos– en la competición por el favor imperial. De hecho, buena parte del éxito de la Compañía durante este periodo se debió a su respeto escrupuloso hacia la autoridad mogola.⁶³ En poco tiempo, la Compañía comenzó a presentarse ante los mogoles, por usar la acertada expresión del historiador Sanjay Subrahmanyam, «no como una entidad corporativa, sino como un ente de aspecto antropomorfo, una criatura indo-persa llamada *Kampani Bahadur*».⁶⁴



A su retorno a Londres, Roe dejó claro a los directores que la fuerza de las armas no era una opción que considerar para tratar con el Imperio mogol. «Hacer la guerra y comerciar –escribió– son incompatibles». De hecho, llegó incluso a aconsejar no construir asentamientos fortificados y señaló que «las ricas residencias y territorios de los portugueses estaban arruinando su comercio» con costes imposibles de sostener. Incluso si los mogoles permitían a la CIO uno o dos fuertes, escribió que «no aceptaría ni uno [...] pues es un error indudable enviar guarniciones y librar guerras terrestres en India». En lugar de esto, Roe recomendó «regirse por la siguiente norma [...] si se busca provecho, que sea en el mar, y con un comercio pacífico».⁶⁵

La Compañía adoptó sus consejos. Los primeros responsables de la CIO se enorgullecían de negociar privilegios comerciales, en lugar de dedicarse a atacar puertos estratégicos, como hacían los irritables portugueses. Esta estrategia rindió excelentes dividendos. Mientras Roe se

dedicaba a ganarse a Jahangir, un segundo emisario de la Compañía, el capitán Hippon, fue enviado a bordo del Globe para abrir el comercio textil con la costa oriental del subcontinente, Coromandel, y establecer una segunda factoría en Machilipatnam, puerto de los grandes rivales decanés de los mogoles, el sultanato de Golconda, de gran riqueza diamantífera, donde se podían adquirir las mejores cretonas y joyas de la India.⁶⁶ Poco después, se abrió una tercera factoría en Patna, especializada, sobre todo, en el comercio de salitre, el ingrediente activo de la pólvora.

Este comercio de joyas, pimienta, textiles y salitre pronto dio beneficios aún mayores que los que los neerlandeses obtenían del mercado de especias aromáticas. En la década de 1630, la CIO importaba pimienta india por valor de 1 millón de libras. En un espectacular cambio de siglos de pautas comerciales, la CIO comenzó a exportar pimienta a Italia y a Oriente Medio a través de la Compañía de Levante. Treinta años más tarde, estaba importando un cuarto de millón de piezas de tejido, de las cuales casi la mitad procedía de la costa de Coromandel.⁶⁷ Las pérdidas seguían siendo duras: entre 1601 y 1640, la compañía envió hacia oriente un total de 168 naves: tan solo regresaron 104.⁶⁸ Pero los libros de cuentas de la Compañía se fueron haciendo cada vez más rentables, tanto que inversores de toda Europa hacían cola para comprar acciones de la CIO. En 1613, la primera suscripción de acciones de la Compañía reunió 418 000 libras. Cuatro años más tarde, en 1617, la segunda suscripción obtuvo la enorme suma de 1,6 millones,* lo que convirtió a la CIO, por vez primera, en un coloso financiero, al menos con arreglo a los estándares ingleses.⁶⁹ El éxito de la CIO, a su vez, estimuló no solo los *docklands* del puerto de Londres, sino también el naciente mercado de valores londinense. Mediada la centuria, la mitad de los hombres elegidos para el elitista cargo de edil [*Alderman*] de la City de Londres eran directores de la CIO o mercaderes de la Compañía de Levante, o ambas cosas.⁷⁰ Un miembro de la compañía y uno de los primeros teóricos de la economía, Thomas Mun, escribió que el comercio de la Compañía era ahora «el *verdadero puntal* de la prosperidad del reino».⁷¹

Hasta 1626 la CIO no fundó su primera base fortificada en la India, en Armagon, al norte de Pulicat, en la costa central de Coromandel. Aunque disponía de almenas y doce piezas, había sido edificado con improvisación y a toda prisa. Pronto se vio que era imposible de

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 1 millón de libras = 105 millones de libras; 418 000 libras = casi 44 millones de libras; 1,6 millones de libras = 168 millones de libras.

defender, por lo que fue abandonado seis años más tarde, en 1632. Nadie lamentó su abandono: en palabras de un agente local, «era mejor deshacerse de él». ⁷²

Dos años más tarde, la CIO lo volvió a intentar. El responsable de la factoría de Armagon, Francis Day, negoció con el gobernador local de lo que quedaba del Imperio vijayanagara, un reino fragmentado y en decadencia de la India meridional, el derecho a edificar un nuevo fuerte cercano a una aldea de pescadores denominada Madraspatnam, justo al norte del asentamiento portugués de Saô Tomé. La elección del lugar tampoco estuvo determinada en esta ocasión por consideraciones comerciales o militares. Day, se decía, tenía una relación con una dama tamil cuya aldea estaba cerca de Madraspatnam. Según una fuente de la época, Day «estaba tan prendado de ella» y tan deseoso porque sus «encuentros» fueran «más frecuentes y sin interrupciones» que era inevitable que situase el Fuerte St. George justo al lado de la aldea de la dama. ⁷³

Esta vez, el asentamiento —que no tardó en ser conocido como Madrás— prosperó. El *naik* (gobernador) que le cedió el terreno afirmó que deseaba tanto que el área «floreciera y se enriqueciera», que había concedido a Day el derecho de edificar «un fuerte y un castillo» para comerciar sin aranceles y «disfrutar a perpetuidad de derechos de acuñación». Eran privilegios importantes que los mogoles del norte, más poderosos, tardarían casi un siglo en ceder.

En un principio, tan solo estaban «los páter franceses y unos seis pescadores, por lo que para animar a los habitantes para que poblasen el lugar, se hizo una proclama [...] según la cual no se cobrarían aranceles por un periodo de treinta años». Pronto llegó un gran número de tejedores y otros artesanos y mercaderes y fueron muchos más una vez que los muros del fuerte habían sido erigidos, «como si se hubieran girado las tornas», y la gente de la costa buscaba la seguridad y protección que podía proporcionarles la Compañía. ⁷⁴

En poco tiempo, Madrás creció hasta convertirse en la primera ciudad colonial inglesa de la India: contaba con una pequeña administración civil, el estatus de municipio y una población de 40 000 habitantes. Hacia la década de 1670, la ciudad ya acuñaba monedas de oro propias, las «pagodas», así llamadas por la imagen de un templo que cubría una cara; en la otra podía verse el dios-mono Hanuman. Ambas imágenes provenían de las antiguas monedas del Imperio vijayanagara. ⁷⁵

El segundo gran asentamiento inglés en la India llegó a manos de la Compañía gracias a la Corona, que a su vez lo había recibido de la monarquía portuguesa como regalo de bodas. En 1661, Carlos II

había desposado a la infanta portuguesa Catalina de Braganza. Su dote, junto con el puerto de Tánger, incluía la «isla de Bumbye». En Londres hubo mucha confusión inicial con respecto a su paradero, pues el mapa que acompañaba el contrato matrimonial de la infanta se perdió por el camino. Nadie en la corte sabía con seguridad dónde estaba «Bumbye», aunque el lord canciller creía que estaba «en algún lugar cerca de Brasil».⁷⁶

Hizo falta cierto tiempo para resolver este espinoso asunto y aún más tiempo para hacerse con el control de la isla, pues el gobernador luso no había recibido instrucciones de hacer entrega de Bombay; como era de esperar, se negó a cederla. En septiembre de 1662, *sir* Abraham Shipman llegó con 450 hombres para tomar posesión de la isla, pero los portugueses se lo impidieron al encañonarlo con sus armas. Tuvieron que transcurrir tres años antes de que los británicos pudieran al fin hacerse con la isla. Para entonces, el infortunado Shipman, y todos sus oficiales, salvo uno, habían muerto de fiebres e insolación mientras esperaban en una desolada isla situada al sur. En 1665, cuando por fin se permitió al secretario de Shipman desembarcar en la isla de Bombay, tan solo quedaban con vida un alférez, dos artilleros y 111 subalternos para tomar posesión de su nuevo dominio.⁷⁷

A pesar de este comienzo accidentado, la isla pronto demostró su valía. El archipiélago de Bombay tenía el mejor puerto natural del sur de Asia y pronto se convirtió en la base naval principal de la Compañía en Asia; esta contaba con el único dique seco en el que se podían reparar naves durante el monzón. En poco tiempo, eclipsó a Surat como núcleo de las operaciones de la CIO en la costa occidental, en particular debido a que los pendencieros ingleses eran cada vez menos bienvenidos allí. «Su afición a las putas, la bebida y a los tumultos [...] en los que entran por la fuerza en casas de ramerías y tabernas de *arak* hace que la población no tolere a los ingleses», escribió, agotado, un responsable de la CIO. No resulta pues extraño que los británicos fueran recibidos en las calles de Surat con «los epítetos de *ban-chude* y *Betty-chude** que mi recatado lenguaje se abstendrá de traducir».⁷⁸

* N. del A.: *Ban-chude*, literalmente, «folla hermanas». *Betty-chude*, literalmente, «folla hijas». Yule, por cierto, incluye ambos términos en el *Hobson-Jobson*. Este evita dar traducciones directas de estos improprios indostaníes, todavía hoy muy populares, y se limita a decir que «*Banchoot* y *Betechoot* [son] epítetos insultantes que nos abstendríamos de imprimir si sus significados repulsivos no fueran desconocidos “por el común”. Si los ingleses que a veces utilizan estas palabras supieran su significado, estamos convencidos que muy pocos no se abstendrían de semejante brutalidad».

En menos de treinta años, Bombay había crecido hasta dar cobijo a una población colonial de 60 000 habitantes con una creciente red de factorías, tribunales, una iglesia anglicana y grandes casas residenciales blancas que rodeaban el fuerte y se extendían pendiente abajo desde la colina Malabar hasta la finca del gobernador, en primera línea de mar. También contaba con una instalación esencial en toda comunidad de protestantes temerosos de Dios del siglo XVII: un patíbulo en el que las «brujas» tenían la última oportunidad de confesar antes de ser ejecutadas.⁷⁹ También contaba con una pequeña guarnición de 300 soldados ingleses, «400 topazes,* 500 de milicia nativa y 300 *bhandaris* [*toddy tappers* armados de porras]** que vigilaban los bosques de cocoteros». Durante la década de 1680, Bombay eclipsó por breve tiempo a Madrás «como sede del poder y del comercio inglés en las Indias Orientales».⁸⁰

En Londres, los directores de la Compañía estaban comenzando a darse cuenta de lo poderosos que eran. En 1693, menos de un siglo después de su fundación, se descubrió que la Compañía empleaba sus acciones para comprar el favor de los parlamentarios: cada año entregaba 1200 libras a ministros y a miembros destacados del Parlamento. Este soborno, como se acabó revelando, llegaba a niveles muy altos, hasta el procurador general, que recibía 218 libras; y el fiscal general, que cobraba 545.^{***} La investigación parlamentaria subsiguiente, el primer escándalo de *lobbying* corporativo, halló culpable a la CIO de soborno y de tráfico de influencias y dio lugar al proceso de destitución [*impeachment*] del lord presidente del consejo y al encarcelamiento del gobernador de la Compañía.

Durante el siglo XVII, la Compañía tan solo trató de utilizar la fuerza contra los mogoles en una ocasión, y con consecuencias catastróficas. En 1681, el directorio de la Compañía pasó a manos de *sir* Josiah Child, personaje agresivo hasta la temeridad, que había comenzado su carrera comercial suministrando cerveza a la Armada en Portsmouth. El diario de John Evelyn le describe como sigue: «Un hombre astroso, que se enriqueció súbitamente [...] de sórdida avaricia».⁸¹ En Benga-

* N. del T.: Los *topazes*, o *topasses*, eran un grupo mestizo de supuesta ascendencia portuguesa. Habitaban diversas regiones del sur y del sudeste de Asia como Goa, Timor, Malaca o Batavia. La etimología de la palabra podría provenir del tamil *tuppasi*, que quiere decir «bilingüe» o «intérprete».

** N. del T.: *Un toddy tapper* es un recolector del fruto de ciertas palmas. El néctar de este fruto, fermentado, es la base del aguardiente *arrak*.

*** N. del A.: El equivalente actual de estas sumas es: 1200 libras = 126 000 libras; 218 libras = 22 890 libras; 545 libras = 57 225 libras actuales.

la, los gestores habían comenzado a quejarse, como escribió a Londres Streynsham Master, de que «cualquier funcionario menor hace lo que quiere con nosotros, abusan de nosotros a placer para sacarnos todo lo que pueden». Estamos siendo, escribió «despreciados y pisoteados» por los administradores mogoles. Esto era cierto, sin duda: no era ningún secreto el desprecio del nabab de Bengala, Shaista Khan, hacia la Compañía. Este escribió a su amigo y sobrino materno, el emperador Aurangzeb, que «los ingleses son una compañía de gente vulgar y pendenciera, y timadores».⁸²

Child ignoró la magnitud del poder mogol y tomó la insensata decisión de utilizar la fuerza para dar una lección a los mogoles: «No podemos hacer otra cosa —escribió desde Leadenhall Street, sede de la Compañía—, que abandonar nuestros negocios, o empuñar la espada que nos ha confiado Su Majestad, para reivindicar los Derechos y el Honor de la Nación Inglesa en la India».⁸³ En consecuencia, en 1686, zarpó desde Londres una considerable flota rumbo a Bengala, con 19 naves de guerra, 200 piezas y 600 soldados. «Esta [flota] tomará lo que pueda, y desenvainará la espada inglesa», escribió Child.⁸⁴

Pero Child no podría haber escogido peor momento para luchar contra el emperador del reino más rico de la tierra. Los mogoles acababan de completar su conquista de los dos grandes sultanatos de Bijapur y Golconda, en el Decán, además de expulsar a los marathas a las montañas de las que procedían. El Imperio mogol se había convertido en la potencia regional indiscutible y su ejército pudo concentrarse contra esta nueva amenaza. La máquina de guerra mogola barrió las partidas de desembarco inglesas con la misma facilidad que si espantasen moscas: las factorías de la CIO de Hughli, Patna, Kasimbazar, Machilipatnam y Vizagapatam fueron tomadas y saqueadas y los ingleses expulsados por completo de Bengala. La factoría de Surat fue cerrada y Bombay sometida a bloqueo.

A la CIO no le quedó más remedio que pedir la paz e implorar el retorno de sus factorías y de sus privilegios comerciales. También tuvo que solicitar la liberación de los gestores que habían caído prisioneros, muchos de los cuales eran obligados a desfilar por las calles cubiertos de grilletes, o estaban encadenados en el castillo de Surat y en el Fuerte Rojo de Dhaka «en condiciones insufribles y desastrosas [...] como si fueran ladrones y asesinos».⁸⁵ Aurangzeb, tras ser informado de que la CIO se había «arrepentido de sus actos irregulares» y se sometía a la autoridad mogola, dejó que las factorías lamieran sus heridas y, en 1690, tuvo a bien concederles el perdón real.

Después de este fiasco, un joven gestor llamado Job Charnock decidió fundar una nueva base en Bengala para reemplazar las factorías perdidas recientemente. El 24 de agosto de 1690, bajo «lluvias que caían día y noche», Charnock comenzó a establecer su asentamiento en el terreno pantanoso situado entre las aldeas de Kalikata y Sutanari. El asentamiento se hallaba cerca de un pequeño puesto comercial armenio y tenía un puesto portugués justo al otro lado del río.

Job Charnock compró el futuro terreno de Calcuta, afirmó el autor escocés Alexander Hamilton, «porque había allí un gran árbol de sombra —una extraña elección, consideraba—, pues no podría haber buscado un lugar más malsano en todo el curso del río». ⁸⁶ Según el *New Account of the East Indies*, de Hamilton, «al elegir el terreno de la Colonia donde está ahora, Mr. *Channock* reinaba de forma más absoluta que un *Rajá*»:

En el país todavía está difundido el *paganismo*, pues también se practica aquí la costumbre de incinerar a las esposas con sus difuntos maridos. En cierta ocasión Mr. *Channock* fue con su guardia de soldados a ver una joven viuda participar en tan trágica catástrofe. Pero quedó tan prendado de la belleza de la viuda, que envió a sus guardias a arrebatarla por la fuerza de sus verdugos, e hizo que la llevaran a sus aposentos. Vivieron felizmente muchos años, y tuvieron varios hijos. Ella murió al fin, pero, pese a haberse establecido en *Calcuta*, no se convirtió al *cristianismo*, sino que fue ella quien le convirtió a él en un prosélito del *paganismo*. La única parte del *cristianismo* que le quedó fue dar a su esposa un entierro decente. Durante toda su vida observó el aniversario de su muerte con el sacrificio de un gallo sobre su tumba, a la usanza *pagana*. ⁸⁷

La Sra. Charnock no fue el único fallecimiento. Menos de un año después del establecimiento del asentamiento inglés de Calcuta, había 1000 habitantes en el asentamiento, pero Hamilton contó 460 nombres en el libro de difuntos. De hecho, eran tantos los que morían allí que «se decía que vivían como ingleses y morían como ovejas podridas». ^{88*}

Tan solo había una cosa que mantenía en marcha el asentamiento: Bengala, según el viajero francés François Bernier, era «el mejor y más fructífero país del mundo». El escocés Alexander Dow coincide con él:

* N. del T.: Hace referencia a la podredumbre (*rot*), una enfermedad de cabras y ovejas muy contagiosa y mortal en la época.

Bengala era «uno de los países más ricos, populosos y mejor cultivados». Con su infinidad de tejedores –solo en Dacca había 25 000– y una producción sin rival de tejidos de lujo, sedas y muselinas de delicadeza fabulosa, Bengala era, a finales del siglo XVII, el principal suministrador de Europa de bienes asiáticos y la región más rica del Imperio mogol. Era el lugar donde se podía hacer fortuna con más facilidad. Durante los primeros años del siglo XVIII, las compañías de Indias inglesa y neerlandesa exportaron a Bengala cargos anuales por valor de 4,15 millones de rupias,* del cual un 85 por ciento era plata.⁸⁹

La Compañía existía para hacer dinero y pronto se dio cuenta de que Bengala era el mejor lugar para ello.



Fue la muerte de Aurangzeb, en 1707, lo que supuso el inicio de cambios radicales para la Compañía.

El nuevo emperador, despreciado por su padre, se educó como un islámico puritano, duro y fanático, tan intolerante como dogmático. Era un general despiadado y de gran talento y un estratega brillante, pero carecía por completo del carisma ganador de sus predecesores. A medida que fue envejeciendo, su reinado fue cada vez más severo, represivo e impopular. Dio un giro radical con respecto a las políticas liberales e inclusivas de la mayoría hindú iniciada por su bisabuelo Akbar y permitió a los ulemas imponer interpretaciones más estrictas de la sharía. Se prohibió el vino y el hachís y el emperador abandonó el mecenazgo de músicos. También puso fin a algunas costumbres hindúes adoptadas por los mogoles, como presentarse cada día a sus súbditos desde una jharoka del palacio, en el centro de sus aposentos reales en el Fuerte Rojo. Se destruyó cerca de una docena de templos hindúes por todo el país y, en 1672, se ordenó el retorno de todas las tierras confiadas a los hindúes; toda futura concesión de territorio quedaba reservada para los musulmanes. En 1679, el emperador volvió a imponer el *jizya*, el impuesto para los no musulmanes que había sido abolido por Akbar. También hizo ejecutar a Teg Bahadur, el noveno gurú de los sijs.⁹⁰

Aunque es cierto que Aurangzeb era una figura más pragmática y compleja de lo que sostienen algunos de sus críticos, las heridas religiosas

* N. del A.: 54 millones de libras actuales.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Un maestro narrador».
Independent

«Un libro de gran belleza».
The Times

«Excepcional».
The New York Times Book Review

«Narrativa deslumbrante».
Wall Street Journal

«Extraordinariamente interesante y asombroso».
Sunday Times

En 1765, la Compañía de las Indias Orientales derrocó al joven emperador mogol y puso un gobierno controlado por mercaderes ingleses. En ese momento, quedó señalada la transformación de la Compañía de las Indias Orientales en algo muy distinto a una empresa: un agresivo poder colonial. Durante el siguiente medio siglo, la Compañía continuó extendiendo su poder hasta que casi toda la India al sur de Delhi se controlaba desde un despacho londinense.

William Dalrymple, autor del aclamado *El retorno de un rey*, cuenta en *La anarquía. La Compañía de las Indias orientales y el expolio de la India* cómo el Imperio mogol, que había dominado el comercio y la manufactura mundiales, y que poseía recursos casi ilimitados, se derrumbó y fue reemplazado por una corporación multinacional al otro lado del mundo que respondía a unos accionistas que jamás habían estado en la India y que no tenían la menor idea del país que les reportaba jugosos dividendos.

A partir de fuentes inéditas, Dalrymple narra la trayectoria de la Compañía de las Indias Orientales como nunca se ha hecho: una historia acerca de los devastadores resultados que puede tener el abuso de poder por parte de una gran corporación y que resuena amenazadoramente familiar en este siglo XXI de todopoderosas empresas transnacionales.

2020 - Mejor libro del año para *The Wall Street Journal*
y National Public Radio

ISBN: 978-84-122212-7-5



9 788412 221275

P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA
MODERNA**